

Historia, sociedad e ideología en *El día del odio*



Mario Arias León

Universidad Tecnológica de Pereira
Facultad de Bellas Artes y Humanidades
Pereira
2012

Historia, sociedad e ideología en *El día del odio*

Mario Arias León

Trabajo de grado como requisito parcial para optar al título de
Magíster en literatura

Directora
Nidia Náñez Sánchez

Universidad Tecnológica de Pereira
Facultad de Bellas Artes y Humanidades
Pereira
2012

Resumen

El propósito del presente trabajo, que identifica la estética de la fealdad en *El día del odio*, del autor colombiano José Antonio Lizarazo, es establecer la relación de la literatura con la sociedad e historia y el aspecto ideológico que subyace en estas; se desarrolló con base en el criterio sociocrítico de interdiscurso, apoyado en la metodología semiótica, que se sustenta en el signo social. Del análisis se derivan los discursos: social, mercantil, religioso, socialista y científico que aborda lo histórico y sociológico. Dentro de una formación capitalista de influencia continental, se revela el sistema de justicia como centro de dominación. Se concluye, que si bien la revolución expone logro parcial, la marginalidad no halló en la réplica de la Revolución Francesa la esperanza. La revolución, evento inexorable de la sociedad a través de la historia, cual ley del desarrollo, marca la tendencia en la representación.

Palabras claves

Marginalidad, fealdad, socialismo, Justicia, Revolución Francesa, ciencia, revolución, historia y naturalismo.

Contenido

Introducción.....	5
1. Autor y contexto.....	10
1.1. El autor.....	10
1.2. Contexto histórico.....	10
1.3. La crítica sobre Osorio.....	18
1.4. Osorio Lizarazo jefe de la revolución cultural.....	24
1.5. Visión política.....	28
2. Desarrollo teórico metodológico.....	34
2.1. ¿Cómo se revela lo social, histórico e ideológico?.....	34
2.2. Tránsito y la relación con la familia y la supuesta clase media.....	34
2.3. La justicia.....	38
2.4. Ciencia alienada.....	39
2.5. Clase obrera.....	41
2.6. Olmos y marginalidad.....	44
2.7. Gaitán.....	47
2.8. Conferencia Panamericana.....	49
2.9. La historia y la masa.....	50
2.10. Babel y la confusión de los lenguajes ideológicos.....	53
3. <i>El día del odio, vorágine de la marginalidad</i>.....	56
4. Conclusiones.....	89
Referencias bibliográficas.....	97

Introducción

Ha sido y sigue siendo la literatura una de las fuentes más importantes a la que los investigadores acuden para interpretar la sociedad con todas las implicaciones que la rodean en el marco de un determinado momento histórico, porque permite obtener elementos para hacer aproximaciones hacia su conocimiento, estableciendo así la relación de la literatura con la sociedad y la historia. Así, la novela de Osorio, *El día del odio*, ofrece un panorama abierto en el que se representa la ciudad, en particular Bogotá, en su transformación a gran ciudad, convulsionada social y políticamente, correlacionada con acontecimientos históricos antecedentes y del contexto, configurado en lo que se denominó el Bogotazo.

Esta investigación tiene como objetivo general el estudio de la ideología que subyace en el universo social circunscrito dentro del entorno cultural del contexto histórico representado en la novela *El día del odio*, es decir, que se hará el análisis de las formas que la ideología adquiere dentro de este universo, que básicamente serían: histórica, política y observarlas en consonancia con el proceso social configurado. Para el avance de los objetivos específicos, se tendrá en cuenta, en primera instancia, de acuerdo al criterio de las clases y sus antagonismos, el universo social de la novela, analizar su caracterización y el papel que cumplió la marginalidad con sus dirigentes en torno al proceso de masificación o de concentración popular que convergió en *El día del odio*; en segundo lugar, está el objetivo dirigido a establecer la correlación político-ideológica entre vida y novela en el autor.

En este sentido, llama la atención que Osorio, revele la representación no sólo de un acontecimiento de trascendencia en la historia de Colombia sino, porque también ficcionaliza la figura del dirigente revolucionario Jorge Eliecer Gaitán, uno de los protagonistas principales, previo del evento histórico (el bogotazo); esto plantea en la novela aspectos concurrentes que reflejan la perspectiva histórica, la cual remite a los conflictos de la sociedad que entrañan la política y por ende la ideología.

Otro aspecto se refleja en la importancia de la labor literaria desplegada por Osorio Lizarazo, si se tienen en cuenta las condiciones del contexto que le correspondió vivir, confrontando la institucionalidad y la crítica en su variada función de escritor, periodista y político. Respecto a esta situación, una parte de la crítica señala que el autor afrontaba la condición de marginal, pues no se ubicaba en los modelos establecidos en el canon tradicional literario que reconocía las novelas circunscritas a la tierra, al tema indigenista y regional; situación ésta que se correlaciona con las inclinaciones políticas del autor, dado que se hallaba involucrado en el proceso cultural gaitanista que vivía la ciudad de Bogotá.

De igual manera se deben tener en cuenta los trabajos críticos realizados hasta el momento, respecto a la novela, porque incluyen el abordaje de la ciudad como objeto a destacar, relacionada con la miseria, configurándose así la ciudad anómica; sin embargo, otros aspectos sólo han sido enunciados como el político, el histórico y el ideológico, sin que se haya profundizado en estos tópicos, por consiguiente este trabajo tiene como propósito realizar la ampliación de estos referentes.

Para llevar a cabo el análisis, se tiene en cuenta la utilización de la base teórica-metodológica de Cros, considerando que la novela alude a la representación social, política e histórica, que entrañan lo ideológico, el modelo de la Sociocrítica se define como el pertinente, ya que es la base para el desarrollo del estudio; así, desde este marco se orienta a la interdiscursividad, en aras de identificar los discursos y, en consecuencia, lo que subyace en estos.

En este sentido, el aspecto metodológico aplicado tiene como base la semiótica, indicada por la Sociocrítica de Cros, la cual formula el proceso fundado en la concepción de signo el cual ubica a éste en una relación textual con significación social. Así, los pasos metodológicos planteados corresponde al interdiscurso que indica el sentido, en cuyo desarrollo interviene, de manera secuencial, el proceso o método articulador que se configura así: el texto semiótico que establece la co-referencia de signos y el fenómeno

textual; luego, con base en éstos, se formula el sistema semiótico y, finalmente, la microsemiótica de la cual se deriva el discurso.

La obra literaria de Osorio Lizarazo, se hace extensiva al ámbito rural y ciudadano. Las representaciones que abordan la vida del campo como *La cosecha* (1935), *El hombre bajo la tierra* (1944), *Fuera de la ley* (historias de bandidos, 1945), *La maestra rural* (1936), son recreaciones, que reflejan la problemática social por el abandono institucional y la vida miserable discurre sin esperanza en medio de la degradación social.

Las novelas del espacio urbano que incluyen a *Barranquilla 1932*, *El camino en la sombra* (1965), *La casa de vecindad* (1930), *El criminal* (1935), *Garabato* (1939), *Hombres sin presente* (1938), *El pantano* (1952), *La cara de la miseria* (1926) y *El día del odio* (1952) sobre la cual se realiza el estudio, son referentes topológicos en los cuales se dimensiona, de manera destacada, la ciudad de Bogotá, donde se plasma el fenómeno recurrente de la marginalidad social. Se agrega a esta producción la crónica, biografías y monografías; sin embargo, el corpus asumido corresponde a la novela *El día del odio*, porque su importancia no sólo radica en la significación político y social que entraña sino porque remite, además, a hechos de trascendencia histórica de la vida nacional y latinoamericana, que plantean la necesidad de ser dilucidados desde la perspectiva de la literatura.

Pero frente al autor, se presenta un problema, existente desde mediados del siglo XX, que estableció la crítica tradicional, incluso las ciencias sociales, al objetar su obra literaria que hizo énfasis en la marginalidad social, radicada en las urbes, como Bogotá por ejemplo, porque reducía su representación al producto de la injusticia social para convocar a la liquidación de ésta; de este modo, se instalaron barreras de la crítica que aún persisten, intentando imponer un velo sobre la representación de la pobreza que se masificaba en la ciudad.

Sin embargo, en la actualidad, desde una perspectiva histórica, se deben reconocer que se han dado pasos orientados a recuperar y revalorar esta literatura. Neira es uno de los

críticos que ha hecho acercamiento a Osorio, a través de su trabajo *La gran ciudad latinoamericana Bogotá en la obra de José Antonio Lizarazo*; elaboración ésta que constituye una especie de apertura hacia el autor a partir de la novela *El día del odio*.

En este sentido, con el propósito de retomar el fenómeno de la masificación de la pobreza en la ciudad, la hipótesis formula que los marginales, la mujer campesina y obreros, no lograron, a través del levantamiento popular, acceder a una sociedad digna de trabajo; con base en esto, se desarrolla un proceso que identifica cómo se dan las relaciones entre los diversos sectores populares y entre éstos y sus líderes y cómo se desarrollan las relaciones frente al Estado con sus eslabones y sus gobernantes; se incluye además, cómo subyace lo ideológico en el proceso político-social, histórico representado.

En consecuencia, frente a la problemática que la crítica tradicional ha tejido en torno al autor, la presente investigación, siguiendo la tendencia de revalorar sus obras y develar lo que se ha intentado ocultar, se desarrolla con base en la pregunta: ¿Cómo se revela lo social, histórico e ideológico en esta novela de Osorio?

Los objetivos de esta investigación tienen su génesis en el trabajo que la crítica ha construido con base en el referente de ciudad anómica. En este sentido se ha dado ampliación en este fenómeno que relaciona ciudad y marginalidad, a través de los referentes social, político e histórico, que convergen en el aspecto ideológico. La importancia conferida al trabajo estriba en que desde la representación literaria y a través de la interdiscursividad, se evidencie el sentido que proporciona en lo social, histórico e ideológico.

En la parte concluyente, desde lo histórico, se remite a la Revolución Francesa y sus métodos, al líder popular Gaitán y la muerte de éste en medio de la Conferencia Panamericana. Desde lo social, se observa la reproducción social esclavista, establecida entre el campo y la ciudad, en la que la familia campesina, la del empleado y la clase media baja, someten a la mujer campesina y la degradan, contribuyendo también a esto “la

justicia” como órgano oscuro de dominación, que se encarga de instalar en la ciudad una especie de submundo donde subsisten los miserables.

En última instancia, con relación a la ideología, se presentan dos núcleos antagónicos: uno corresponde al socialismo o comunismo (Materialismo Histórico) que se revela en las asimilaciones liberales y la Revolución Francesa, que se oponen al naturalismo como característica de los centros de dominación, de las clases bajas urbanas y de la masa que reviste características dinámicas, de destrucción geológica.

1. Autor y contexto

1.1. El autor

Dos son los objetivos a desarrollar en este capítulo, que se orientan a dar cuenta, de una parte, de la vida de José Antonio Osorio Lizarazo (1900 -1964) y de otra, de su obra. En primera instancia, fue escritor y periodista cuya misma producción supera lo que hasta el momento se ha escrito sobre él. En este marco, fue la novela la que constituyó el medio de representación por excelencia escogido para revelar el drama de los núcleos sociales bajos o marginales. Estuvo inmerso, además, en la política, en el entorno de Jorge Eliécer Gaitán, por medio de la revista “Jornada”, donde fue jefe de redacción; sin embargo, contrastando con esta situación, “escribió un libro apologético acerca de Trujillo...exaltando las virtudes del dictador,” (Mutis, 1987:LIX)

De otra parte, tiene el propósito de observar los trabajos que se han escrito, desde la visión crítica sobre la obra del autor; de identificar, en este marco, qué ubicación estética se le ha conferido, y cuál ha sido la influencia o el impacto que ha generado. En resumen, se abordarán aspectos biográficos y autobiográficos relacionados, en parte, con la cultura, la historia y la política, derivados en particular, de su relación con Jorge Eliécer Gaitán, de su vínculo con la crítica, con el tejido internacional y nacional, inscrito en el marco temporal que comprende la primera mitad del siglo XX.

1.2. Contexto histórico.

Para el desarrollo de éste se tendrá en cuenta a Berman, quien se apoya en Marx, al que califica “como arquetipo del modernismo”, (Berman, 1991) al que rescata, pues proporciona una visión totalizadora que establece correlación entre modernización y modernismo. Esta concepción supera las tendencias que las abordan de manera separada. La separación se manifiesta, de una parte, en que la modernización se reduce al vínculo con la economía y política, y de otra, establece la relación del modernismo sólo con la cultura,

el arte y la sensibilidad. Haciendo parangón con la formulación coherente de Marx se observa la diferencia; Berman así lo explica, porque “Específicamente, puede clarificar la relación entre la cultura modernista y la economía y la sociedad burguesa -mundo de la modernización- del que aquella emana.” (1991:84). Se aprecia en esta relación que ambas están entrelazadas, lo cual indica que estos dos elementos, modernización-modernismo, integran una relación dialéctica de mutua correspondencia. De acuerdo a esta visión coherente de totalidad, de esta dialéctica que se plantea, se desarrollará esta parte.

Colombia da inicio al siglo XX con la culminación de La Guerra de los Mil Días; este fue un hecho determinante de la historia nacional que dirimió transitoriamente un conflicto casi centenario entre liberales y conservadores, que marcó una huella muy profunda porque no solamente fueron derrotados quienes tenían el interés de conducir el país hacia estadios más avanzados, sino que el fin de esta guerra, que dejó exánime a la nación, fue una circunstancia utilizada por el gobierno norteamericano, entonces, para apoderarse de Panamá, cercenando así, el territorio colombiano, con la aquiescencia del gobierno de Marroquín.

El tratado de paz que dio fin a la Guerra de Los Mil Días, “se redactó y firmó...en la hacienda de Neerlandia, el día 24 de octubre,” (Santa, 1973) que vino a quedar “en firme el 29 de octubre de 1902,” (1973: 298); luego, casi un mes después, Benjamín Herrera “capitula el 21 de noviembre de 1902 a bordo del Wisconsin” (1973: 299) cediendo Panamá a los norteamericanos, que habían llegado allí con el propósito de apoderarse del istmo “a insinuación del gobierno colombiano” (1973: 299).

De esta forma se dio inicio a una época de neocolonialismo sobre el territorio de Colombia, creando un estado de dominación, que incidiría en todo orden, convirtiéndose en traba del desarrollo autónomo de la vida nacional, el cual se acentúa con la inversión en la industria del petróleo a finales de la década del veinte y con los empréstitos, que empezó a otorgar a mediados de la década del treinta, cuando se presentó “la marejada de los empréstitos, no

sólo en Colombia sino en todos los países de América latina, pues se trataba de un inmenso plan para afianzar el sojuzgamiento imperialista de los prestatarios” (Osorio, 1982).

Sin embargo, esta presencia de los norteamericanos, que contaron con el beneplácito de los gobernantes para explotar, incluso para reprimir y asesinar en masa a contingentes obreros, generó la resistencia de éstos y la denuncia política que encabezó Gaitán contra tales crímenes, como el que hizo frente a la masacre de las bananeras, responsabilizando a la United Fruit Company y al gobierno representado por Abadía Méndez; Lee, en este sentido, refiere que Gaitán “En el verano de 1929 rindió un informe al Congreso...Del testimonio surgió el hecho de que el gobierno conservador de Abadía Méndez utilizó el ejército para asegurarle “la paz social” a una compañía extranjera, con un desprecio frío y total por el bienestar de los colombianos.” (Lee, 1981).

Entonces, uno de los ministros del gobierno de Abadía, el señor Ignacio Rengifo ministro de Guerra, se encargó de aumentar la discordia impregnando el ambiente con represión y muerte, contra supuestas acciones comunistas, fomentado así el sectarismo que agudizaría las posteriores contiendas políticas; así se refiere Osorio Lizarazo respecto a éste ministro: “inventaba una inminente amenaza comunista dentro de la cual incorporó a su arbitrio a cuantos por una u otra razón y desde cualquier campo no participaban del inmenso festín oficial” (Osorio, 1982); también, “Cualquier reclamación de salarios, la mínima señal de descontento, era juzgada por Rengifo como subversión comunista” (1982: 104).

En este marco, el pueblo bogotano empezaría a participar de la vida política, evidenciando su carácter patriótico e interés público, que demostraría abiertamente en manifestaciones populares; asegura Osorio que “En el grande y multiforme corazón popular estaba refugiado el fuego sagrado de la nacionalidad,” (1982: 107), el cual contenía “inagotables reservas de patriotismo y de grandeza...porque en el pueblo de Bogotá ha subsistido siempre un fondo de heroísmo y una sensibilidad desvelada que lo han conducido a la realización de los más grandes episodios.” (1982: 124-125).

Además señala, que diez años después de haber sido instaurado el primer Estado Socialista en el planeta, en Colombia se realizaron las primeras manifestaciones de resistencia de los obreros colombianos frente al capital extranjero y el gobierno que les servía de soporte; así lo refiere Osorio, señalando en los obreros los primeros rasgos de nacionalismo: “Sólo entre determinados sectores de las masas anónimas subsistía un gran aliento vital de la patria y el sentimiento de recelo ante la invasión imperialista” (1982: 105); alude aquí, en particular a los trabajadores vinculados a la industria petrolera, de los cuales indica que “A principios de 1927 hubo una serie de huelgas en los establecimientos petroleros de la Tropical Oil Company, que fueron reprimidas a sangre y fuego, y sus directores recibieron prolongadas condenas de presidio” (1982:105).

El 9 de abril de 1948 en Bogotá fue un momento crucial de la historia nacional e internacional, alrededor del cual concurrieron varios acontecimientos. Mientras sesionaba la Conferencia Panamericana, evento orientado a la consolidación de la dominación del Gobierno de los Estados Unidos sobre el ámbito Latinoamericano, sucedió el magnicidio cometido contra el dirigente liberal y popular Jorge Eliécer Gaitán, el cual desencadenó el levantamiento de la población.

Esta convergencia de hechos se presentaba en el marco de una situación política reciente de posguerra (La Segunda Guerra Mundial había terminado en 1945), después de la cual se estableció la Guerra Fría entre dos potencias, La U.R.S.S. (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) y los Estados Unidos, quienes durante la guerra habían participado como aliados en la derrota de las fuerzas fascistas que conformaban el eje Berlín, Roma y Tokio.

En el epílogo de esta guerra, el gobierno norteamericano ordenó el bombardeo sobre dos poblaciones de civiles inermes en el Japón, Hiroshima y Nagasaki, que puso en evidencia no sólo su naturaleza fascista sino que también enviaba un mensaje al mundo de sus propósitos de expansión y dominación mundial. Es de señalar en particular sobre uno de los caracteres de la burguesía: el nihilismo, que se manifiesta en la capacidad de destrucción que encarna; sobre este rasgo, Berman indica como aspecto inherente a ellos que han

pretendido ocultar y mantener guardado, dice que es “-un secreto que han conseguido ocultar incluso a sí mismos –es que, detrás de sus fachadas, son la clase dominante más violentamente destructiva de la historia.” (Berman, 1991).

Se instalaban así, en el escenario terrenal, dos visiones sobre el desarrollo de la humanidad: de una parte las fuerzas democráticas y Socialistas y de la otra la del Imperialismo, fenómeno éste de la modernización, del cual Lenin hace la siguiente definición:

El imperialismo es el capitalismo en la fase de desarrollo en la cual ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido una importancia de primer orden la exportación de capital, ha empezado el reparto del mundo por los trusts internacionales y ha terminado el reparto de todo el territorio del mismo entre los países capitalistas más importantes. (Lenin, 1972).

Este poder capitalista de los Estados Unidos había tenido su momento crítico, que se hizo extensivo a Latinoamérica a raíz de la crisis económica de 1930, que produjo el empobrecimiento de los labriegos del campo y de los pobladores de las ciudades de la periferia originando, en consecuencia, el fenómeno migratorio de estos hacia las ciudades que hubo de reflejarse en la instalación, en Bogotá, de los cordones de pobreza. Respecto a esta situación, dice Luque (como se citó en Jaramillo, año 2000):

Uno de los pasos más importantes que se dio tuvo que ver con el cambio de relaciones que se establecían en cada país con las ciudades de la periferia a las que vendían productos manufacturados y compraban materias primas, pues las ventas disminuyeron y los precios se hundieron. Esto trajo consecuencias sociales y políticas porque muchos grupos sociales cayeron en la miseria y la única solución que encontraron fue la de inmigrar hacia las ciudades. (Luque, 2000).

El siglo XIX devino con profundas transformaciones socioeconómicas de las cuales se derivó una nueva corriente ideológica, el Materialismo Dialéctico, que se constituyó en la base que a comienzos del siglo XX, originó un hito en la historia; pues por vez primera se establece un Estado Socialista sobre el planeta, lo cual agudiza más las contradicciones, en el ámbito mundial, entre dos componentes de la modernidad: la burguesía y el proletariado.

El socialismo dejó de ser un fantasma para constituirse en amenaza concreta. Este nuevo régimen correspondía a la materialización de una nueva cultura que proponía cambios históricos radicales a favor de los trabajadores, tanto material como espiritualmente. Una nueva visión se instaló en el mundo, los cambios de la sociedad podrían ser analizados, programados y desarrollados previamente hasta lograr su concreción. Atrás había quedado la idea vieja que atribuía a razones del azar o a golpes heroicos individuales o de grupos, los cambios de la sociedad, donde el hombre en general parecía un mero juguete arrastrado por las circunstancias históricas.

De este hecho significativo devino que el trabajo y quien lo genera participan en un escenario donde se inicia la liberación de las fuerzas productivas, pues los medios de producción pasaron a sus manos, lo cual se hacía extensivo, también, a la población en general. El producto de su trabajo se convertía en riqueza y beneficio social, a diferencia de los sistemas anteriores o capitalistas que explotaban a los trabajadores, enriqueciendo a unos pocos, mientras las mayorías agonizaban en la pobreza y la miseria.

Fue en España, durante la Guerra Civil Española, antesala de la Segunda Guerra Mundial donde se organizó un primer núcleo fascista, denominado falanges, con el claro propósito de impedir el ascenso del comunismo mundial y de paso, hacerlo también, contra las tendencias democráticas, porque consideraban que la civilización estaba en riesgo, y era necesario, además, impulsar la pretensión medieval de retornar al Imperio Católico; en Cercas se refiere que:

Sánchez Mazas creyó descubrir en el fascismo un instrumento idóneo para curar su nostalgia de un catolicismo imperial y sobre todo, para recomponer por la fuerza las seguras jerarquías del antiguo régimen que el viejo igualitarismo democrático y el nuevo y pujante igualitarismo bolchevique amenazaban con aniquilar en toda Europa. (Cercas, 2000).

Esta reacción en Europa y particularmente en España, repercutió en Colombia hasta donde extendió pronto sus tentáculos, instalando también las falanges con el mismo propósito original; Laureano Gómez se convirtió en la cabeza principal, en Colombia, de este proyecto mundial que luego habría de adherirse al eje fascista internacional que agrupó a

Alemania junto a Italia, Japón y la España de Franco; Gómez, “En 1937 había rendido homenaje público a Franco y a la falange cuando emisarios de esta última visitaron a Bogotá.” (Lee, 1987); fue así como en Colombia, la arremetida que se había iniciado en la década del veinte, se convirtió en cruzada que se acentuó contra los trabajadores y pobres marginales, anegando el territorio de sangre. Estos propósitos anticomunistas empezaron a configurarse en Colombia, en la década del treinta durante el gobierno de Abadía Méndez, y se sincronizaron en los cuarenta, con el inicio de la contienda civil española; respecto a esto, Lee señala que:

Ya en 1936, cuando las leyes reformistas salían del Congreso, la oligarquía concibió la consigna de ‘Restar ímpetu a la Revolución en marcha’. Las libertades sindicales, la agitación comunista, el clamor de las izquierdas de todas clases, parecían apuntar hacia una dictadura del proletariado. Todos los elementos conservadores y reaccionarios cerraron filas para oponérsele. (1981:74).

La Conferencia Panamericana que se realizó en Bogotá, fue la continuación y consolidación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (Tiar) realizado en Río de Janeiro, Brasil, en 1947, llamado Tratado de Río y convocado por iniciativa del gobierno de los Estados Unidos, donde se acordó un plan de seguridad, anticomunista, para el hemisferio; respecto a este tratado Sánchez señala que: “obedecía esencialmente a un pacto militar de defensa hemisférica de enemigos internos y externos, y en particular del comunismo. Se le considera como el primer tratado de la Guerra Fría.” (Sánchez, 2000).

Con el Tratado de Río se acentúa la ofensiva del Estado norteamericano en América Latina contra trabajadores y dirigentes políticos de corrientes democráticas, como aconteció en Chile donde los obreros de las minas de Lota y Coronel fueron reprimidos violentamente y confinados en campos de concentración, arguyendo que las huelgas hacían parte del propósito que daría inicio de la Tercera Guerra Mundial; estas situaciones son reflejadas en la obra de Neruda, en un aparte representa: “Sin que hubiera huelga, sin nada nos rodearon./Era de noche, vino todo el ejército,/iban de casa en casa despertando a la gente,/llevándola al campo de concentración.” (Neruda, 1973); en otro, lo refleja así: “Y si

pedimos/que nos den otros pesos de salario/para los hijos que no tienen zapatos, /dicen: “Moscú los manda”, camarada, /y declaran estado de sitio, y nos rodean” (1973: 222).

De esta forma respondió el gobierno chileno de Gonzáles Videla, después de éste traicionar a la corriente comunista aliada que había trabajado por llevarlo al poder como lo hizo Pablo Neruda, quien había oficiado como su jefe de propaganda. Luego, fue Neruda la víctima, pues no sólo se le decretó el desafuero a su condición de senador sino que también se le instauró orden de detención, que él evadió para sumergirse en la clandestinidad; esto sucedía, aproximadamente, dos meses antes del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, magnicidio este convergente con la Conferencia Panamericana que instaló la Organización de Estados Americanos, la cual resolvió: “Condenar los métodos de cualquier sistema que tienda a suprimir los derechos y libertades políticas y civiles, y en particular la acción del comunismo internacional o de cualquier doctrina totalitaria” (Sánchez, 2000).

Resumiendo, dos elementos de la modernidad, el Imperialismo de Estados Unidos y el Socialismo de la Unión Soviética inciden de modo determinante en todos los campos de la vida nacional, a través de la primera mitad del siglo XX, que se inicia con la toma y separación de Panamá de Colombia por los norteamericanos y se extiende, hasta la Guerra Fría surgida de la culminación de la Segunda Guerra Mundial, cuando acontece el magnicidio cometido contra el líder popular Jorge Eliécer Gaitán, en momentos en que sesionaba en Bogotá la Conferencia Panamericana, que declaró la alianza interamericana, con la constitución de la OEA, contra el comunismo.

En este periodo, el imperialismo inicia la dominación económica a través de empréstitos y explotando recursos estratégicos como el petróleo con el apoyo político de los gobernantes que mandaron reprimir y masacrar a obreros, como el caso de la multinacional United Fruit Company; además, toda reclamación o demanda de los obreros eran declaradas subversión comunista, lo cual caldeó el ambiente político y agudizó la confrontación. Los obreros tuvieron el apoyo del dirigente Jorge Eliécer Gaitán, que resistían contra fuerzas vinculadas al imperialismo y el fascismo internacional a la cabeza de Laureano Gómez en Colombia. En estas circunstancias, en pleno inicio de la Guerra Fría, es asesinado el líder popular

cuando la fuerza que había adquirido su movimiento constituía una amenaza para el orden que pretendía establecer el Imperialismo de los Estados Unidos en América.

1.3. La crítica sobre Osorio

Si advertimos las referencias que hace Berman respecto al modernismo contemporáneo del siglo XX, ofrece luces sobre un aspecto en Osorio Lizarazo. La inclinación de éste al poner énfasis en la marginalidad no está lejos de lo que fue una de las tendencias contemporáneas de mediados del siglo XX, que Berman señala como una vía que se desprendió del paradigma “unidimensional” formulado por Marcuse, el cual pretendía “la búsqueda de una vanguardia que estuviera totalmente fuera de la sociedad moderna” (Berman, 1991), que estaría conformada, según Marcuse (como se citó en Berman, 1991), por “El substrato de los marginales y desclasados, los explotados y perseguidos de otras razas y otros colores, los parados y los inservibles”. En resumen, Osorio adopta como objeto de la creación el elemento de la *marginalidad*; pero es la razón que lo aleja de la modernidad.

Desde el punto de vista estético, Osorio Lizarazo es considerado extensión de la apreciación de Borges acerca de la ciudad. Referido por Neira, el poeta representa en el poema “Arrabal” la ciudad formada por “cuadriculadas manzanas/diferentes e iguales/como si fueran todas ellas/monótonos recuerdos repetidos/de una sola manzana” (Neira, 2004).

En la obra de Osorio se revela el mismo sentido estético de la urbe en formación a gran ciudad, en tránsito a la modernidad. Representa éstas cuadriculadas construcciones urbanísticas “cuán diferentes e informes son respecto a otras” (2004: 20) y deja entrever que esos “monótonos recuerdos repetidos” se advierten como unidades urbanas fatales. De acuerdo a éste sentido estético, Neira señala que Osorio “inaugura una de las sagas literarias más amplias y sistemáticas sobre las formas de vida anómicas que se prefiguran durante el periodo de formación de la *ciudad masificada* en América Latina, y particularmente en Colombia” (2004: 20-21).

Neira (2004) explica el concepto de Anomia de modo general, como la situación “de pérdida de horizontes...al cual llegan el individuo y el grupo dentro de una sociedad que les ofrece más expectativas de las que en realidad son capaces de realizar” (2004: 20); también la concibe “como un estado de ausencia de la conciencia acerca del lugar y del estatus que un individuo o grupo tiene dentro del conjunto de la sociedad urbana.” (2004: 20).

El ideal de belleza estético que prevalecía en aquel período censuró de profanación a Osorio, pues los “detritos sociales” que constituyeron el objeto del autor, en el contexto urbano, como materia de ficción, era sinónimo de fealdad. La representación de lo feo, en el sentido señalado por Neira se relaciona con la degradación y las “*no bellas artes*” (Neira, 2004: 40); dice que hace parte de la estrategia de Osorio, que revela como una obsesión, al acentuar la deformación del sujeto marginal, para agudizar su situación dramática y por ende demostrar el daño generado por la “sociedad”.

Esta estética se soporta en la realidad, según lo advierte Neira, en las imágenes y en el escenario; respecto a la primera dice que “se ven complementadas por lenguajes propios de un determinado oficio y por sociolectos como los de los delincuentes, las prostitutas y las trabajadoras del servicio doméstico de Bogotá.” (2004: 41). Respecto al segundo, el ámbito del degradado “se compone de escenas y conversaciones grises, a veces violentas,” (2004: 41), y concluye que “la fealdad y la infamia corresponden a una crítica social y moral que justifica el odio de los pobres.” (2004: 41). La confusión de los lenguajes ideológicos, acentúan la anomia.

Para abordar a Osorio desde la perspectiva literaria es necesario advertir que el autor le confiere considerable importancia a la novela; esto se debe a las condiciones sociales contemporáneas, en las que las masas, en particular en las urbes, empiezan a constituirse en un conjunto de necesidades y aspiraciones que no era posible observar de soslayo; él era consciente de esta situación al afirmar que: “No puede existir un legítimo concepto contemporáneo de la novela sino desde su punto de vista social” (Mutis, 1978: 422); así que afirma que “El novelista tiene que ser fiel a esta finalidad.” (1978: 422); porque “los

máximos problemas de la explotación y de la falta de equidad tienen en ella concreciones rotundas en personajes que están llamados a representar inquietudes y angustias colectivas.”.

Respecto a la finalidad social en la representación, se debe destacar que Osorio encuentra en Máximo Gorki el paradigma para trabajar la novela con esta orientación; según Osorio,

[...] quienes pretendemos comprender a Gorki por haber experimentado por primera vez el sentimiento de humanidad en sus libros, después de habernos nutrido de otras especies literarias, no podemos separar en un solo punto al novelista del revolucionario esencial, porque aquél es apenas la única interpretación posible de éste (Mutis, 1987: 547).

En *Casa de vecindad* se observa la influencia de Dostoievski y Osorio reconoce que éste supera a Gorki, con la representación interior, en el cual el hombre se sumerge en sus pasiones, observa críticamente que, de este modo, “pesa más el individuo como tal que como síntesis de una situación social.” (1987: 552); sin embargo, menciona este mismo autor, que es la demanda del contexto la que incide en él, porque “pide, por sobre otras consideraciones, el imperio de la equidad y de la justicia sociales.”.

La configuración del ámbito literario estuvo definida por la oposición entre ciudad y campo; mientras en aquella, según Pineda Botero (como se citó en Luque, año 2000), se establece “el poder político y económico y el paradigma literario”, en el campo se instala “la violencia, la barbarie, la oralidad y la cultura popular.”. En este sentido la ciudad que aborda Osorio en *El día del odio* se inscribe en el marco de los cambios que se presentaron en el desarrollo del ámbito urbano latinoamericano a consecuencia del crack económico de 1930 en la que se refleja “una ofensiva del campo sobre la ciudad que va a llevar a una explosión urbana que transformará las perspectivas de Latinoamérica” (Luque, 2000:164).

Un ejemplo dentro de este contexto, se observa también, en la novela de Osorio *La casa de vecindad*, que hace parte del ciclo de novelas sobre Bogotá, anterior a *El día del odio*, la cual establece relación secuencial de los procesos socio-económicos de la urbe que luego se reflejarían en *El día del odio*.

La casa de vecindad representa el fenómeno socio-económico del desempleo, cuando se advierten cambios de la modernidad que se instalan en la ciudad como la presencia de la luz eléctrica y la sustitución de la tipografía por el linotipo, que afecta al personaje, pues se ve abocado a no encontrar empleo por su condición de tipógrafo, mientras su vida, representada psicológicamente, sucumbe paulatinamente en un inquilinato que consume sus reducidos ahorros.

Otro personaje, Juana, que conoce en este lugar, le despierta el afecto paternal y vuelca hacia ella todo lo que le era posible dar, más aún, cuando finalmente se da cuenta que era hija de Carmen, la mujer que había amado; sufre por los padecimientos de Juana a la cual va entregando los pocos recursos que le quedaban hasta entregarlo todo para someterse a la mendicidad y al abandono de la ciudad, que amortiguaba en la evocación de Juana, a la que consideraba casi hija.

Estableciendo relación entre las dos novelas, se advierte que una se perfila como proyección de la otra; marca la tendencia social, en la ciudad, de los personajes hacia la degradación: el vicio, la prostitución, la mendicidad. Se observa que *Tránsito* es la proyección de Juana, son dos, pero una misma; ambas trabajaban, y la pérdida de éste las aboca a la marginalidad.

Los trabajos realizados sobre la obra de Osorio apuntan a confirmar la representación de la urbe, en particular Bogotá, como eje central del escritor; topos que correlacionó con el fenómeno social de la marginalidad. En este sentido, el de Neira por ejemplo, es una extensión de la crítica que décadas antes habían resaltado esta singularidad. Inicialmente fue Mutis quien dijo: “Osorio Lizarazo es la mejor novela bogotana que hemos dado y la única obra verdaderamente urbana que tenemos” (Mutis, 1987: p. XI), luego concluye que “Este es su sitio y su valor” (Mutis, 1987); sin embargo, desde la visión artística la presenta “como deslucida obra literaria”.

Esta focalización privilegiada de Osorio sobre lo urbano, coincidiendo con la referencia hecha por Mutis, la indica también Luque, al considerarlo como “el primer novelista

colombiano que se interesa por la ciudad de Bogotá, no solamente como escenario de varias novelas sino también como problema, como tema y como personaje” (Luque, 2000:163); luego asegura que este entorno citadino “se abrió al mundo como nunca antes”.

Sin embargo, se objeta la visión reducida de Osorio en relación con la representación de esta ciudad capital, porque “es parcial y limitada tanto desde el punto de vista físico como socioeconómico” (2000:167); por ejemplo, en *El día del odio*, se presentan barrios bajos como La Perseverancia, escenarios del bajo mundo como chicherías y prostíbulos, donde se advierte que “no existe ningún personaje que pertenezca a la clase alta...ni escenario o de barrios en donde habita esta clase social.” (2000:167). En esta indicación se observa que el conjunto no es una representación completa, pues sólo se revela la parte, una cara; así, desde la visión socioeconómica, se plasma el efecto social, la marginalidad sin el otro componente social, la(s) clase(s) dominante(s), la causa. En consecuencia, en Osorio prevalece el efecto sobre la causa, la parte y no el todo, lo cual es coherente con su alejamiento de lo moderno.

Además, la crítica observa la orientación aplicada a la novela respecto a la función; en este sentido, Osorio ve en esta el instrumento mediante el cual es factible despertar más el sentimiento, generar sensibilidad hacia los personajes o sociedad marginal, que orientar la representación hacia la plasmación de “situaciones o conflictos típicos de una determinada sociedad en un momento específico.” (2000:168), que le darían a la representación un sentido realista, de conjunto, que abarcara los elementos contrapuestos de la modernidad.

Es por esto que sobre la novela de ciudad, en Osorio se constituye una característica en este sentido: el tono narrativo, que según Luque (2000), es importante, porque “define el carácter urbano o no de la obra.”, que se refleja en el rasgo “dramático sentimental”. Respecto a esto, la orientación que Osorio da a la novela se hace manifiesto en que establece su finalidad en la protesta social y que al hacerlo la exime de “la razón...colocándose del lado del sentimiento de personajes y lectores” (2000:168). La consecuencia de este enfoque, de exacerbar la sensibilidad, lo conduce inevitablemente a la

fatalidad de los personajes, razón que los “predetermina y condiciona” (2000: 169); él “no ve ninguna salida a la miseria y el desamparo que condiciona siempre a sus protagonistas.”.

Además, Luque dice acerca de *El día del odio* que esta novela es la representación del pueblo, porque en la balanza de Osorio se impone la primacía del pueblo sobre la del líder Gaitán; en este desequilibrio, el personaje encarnado en Tránsito que representa un núcleo social marginal, “es solo un prisma a través del cual se muestra una colectividad marcada por la miseria, el resentimiento y el odio” (Luque, 2000:173), y sugiere que la posible causa radicaba en las contradicciones que tuvo el escritor con el caudillo al convocarnos a recordar “que antes del asesinato del caudillo ya Osorio se había desilusionado de sus objetivos políticos.” (2000: 181-182).

Esto es consecuencia del reflejo de la visión sesgada de la realidad en Osorio, que parcializa la representación en el pueblo y su dolor, que convierte en venganza por el asesinato de su líder. De esta forma, se hace evidente un alejamiento de la realidad articulada a un conjunto, lo que “impide que veamos otra cara de la realidad, impide que los personajes asuman la ciudad previa al 9 de abril y durante este día con todas sus implicaciones.” (2000: 181). En este sentido, Luque concluye en que “La ciudad es descrita pero no creada; los personajes no viven la ciudad.”.

De este alejamiento de la realidad y de la descripción de los personajes alejados de ella, se establece relación con el naturalismo en la literatura; porque según Lukács “El método de la observación y de la descripción se origina con el propósito de hacer a la literatura científica, de convertirla en una ciencia natural aplicada, en una sociología.” (Lukacs, 1966:200); acerca de esto pone como ejemplo de la aplicación de esta concepción a Zola; dice: “Sabemos que la acentuación de lo animal fue en Zola una protesta contra la bestialidad del capitalismo, que él no llegaba a comprender. Sin embargo la protesta inconsciente se convierte, en la plasmación, en una fijación de lo inhumano y animal.” (1966: 200).

En esencia, el naturalismo respecto a la literatura, se relaciona con la aplicación de la descripción, del énfasis puesto en esta; según Lukács, “la descripción no da verdadera poesía alguna de las cosas, pero transforma en cambio a los individuos en estados, en elementos de naturaleza muerta.” (Lukács, 1966:199), y concluye que “La descripción del individuo como método de exposición sólo puede transformarlo en naturaleza muerta.” (1966: 198).

Observando la consideración crítica que hace Luque respecto a Osorio, en este sentido, al indicar que “La ciudad es descrita pero no creada; los personajes no viven la ciudad.” (Luque, 2000:182), se advierte en la novela que en efecto así se representa; el proceso cultural y político previo, que desencadena el desenlace violento de la masa no es vivido por Tránsito y la participación en el acto masivo es circunstancial, se diría que mecánico, como algo que se suma a la masa caótica, en el momento del acontecimiento, sin conciencia de todo lo que determinó tal desenlace. También se observa esto en la figura del personaje Gaitán, porque es descrito, no es un personaje directo en la representación que vive las situaciones, sus postulados son retransmitidos.

A esto se agrega la degradación al estado animal, referido por Lukács respecto a Zola, que se revela también en la descripción hecha de Tránsito, en el acto masivo violento; en ella “La voz había perdido su contenido humano y retrocedía a su condición de aullido, porque la inteligencia había descendido en unos momentos una etapa de milenios.” (Osorio, 1979:233). En consecuencia, se advierte en Osorio la concepción naturalista vinculada a la literatura.

1.4. Osorio Lizarazo, jefe de la revolución cultural

El vínculo de Osorio con la política está en la etapa inicial estrechamente ligada con la actividad del líder Jorge E. Gaitán; consideró que mientras éste convertía la tribuna en el escenario de su acción política para concientizar al pueblo y elevarle el ánimo predisponiéndolo para la lucha, él también podría participar al lado del líder y acompañarlo en esta lid; así fue que decidió hacerlo en la actividad propagandística por medio de un

semanario que fundó y denominó “Jornada”, del cual asumió la jefatura de redacción, que refleja su vínculo con las ideas del liberalismo radical. Esto dice Osorio de sí mismo, de modo autobiográfico, de su relación con Gaitán y la revista:

Pero uno de sus amigos más leales, cuyo afecto había comenzado en la infancia común, no vinculado a su gratitud por ningún beneficio ni empleo sino por la identidad de su ideología y por el paralelismo del proceso intelectual, y cuya vida, en un campo de acción limitado por la timidez y por la angustia, había sido una lucha interminable por la justicia, lucha que despertaba el recelo y el menosprecio de todos los grandes, el escritor J. A. Osorio Lizarazo, fundó el 28 de Mayo un semanario al que denominó “Jornada”, para el servicio del movimiento, aun cuando Gaitán pensaba que tal publicación sería imposible (Osorio, 1982: 243-244).

Luego resumiría la concatenación de estas dos voluntades así: “Gaitán desde la tribuna,...y el silencioso escritor en su hebdomadario, dieron expresión a la abrumadora realidad que soportaba el angustiado pueblo.” (Osorio, 1982: 244). El proceso cultural desarrollado por Osorio desde el medio propagandístico se convirtió, así, en soporte fundamental para la lucha política que desplegaba Jorge E. Gaitán a pesar del escepticismo de éste.

Esto se daba en el contexto en que López Pumarejo reasumiría la presidencia, en el año de 1944, cuando Gaitán, en campaña presidencial, se lanzó al ataque contra el contubernio oligárquico que representaba López, con la consigna “‘por la restauración moral de la república’, con lo cual definió el lema de este caudaloso movimiento.” (Osorio, 1982: 239); todas las fuerzas oligárquicas se unieron en pos de aislar al líder quien además de contar con el respaldo popular, recibía “la única adhesión periodística del indigente hebdomadario, en donde resaltaba el ánimo combativo de su director, habitualmente tímido, pero movilizado por un profundo e inmodificable sentimiento de rebeldía que lo había circundado porque jamás aprendió ninguna ciencia pragmática.” (1982: 254).

Después de la derrota del candidato oligárquico, de Turbay, se determinó el Estado de sitio que proclamó la censura de prensa, con lo cual se puso restricciones sobre el semanario de Osorio Lizarazo sometiéndolo a clausura temporal, fue así que, “oficiales de la policía vigilaban estrechamente al semanario de Osorio Lizarazo, eliminaron el lema ‘Por la

restauración moral de la república' considerado como subversivo y escandaloso...y López y su oligarquía cobraron otra diminuta victoria con su clausura temporal." (Osorio, 1982: 264).

A través del semanario "Jornada", se nos revela Osorio en adalid del proceso cultural que se venía desarrollando en el país, particularmente en Bogotá, a pesar del escepticismo de Gaitán sobre las posibilidades que podría tener dicha publicación. La revista se constituye en instrumento de propaganda que aporta a la difusión del pensamiento que pregona Gaitán hacia el pueblo en general, que por supuesto ayudó a elevar el nivel de conciencia de los pobres y a generar la indignación respecto a los gobernantes. Sus limitaciones, como la timidez que testimonia, no fueron óbice para desarrollar esta labor cultural que el momento demandaba; también es de reconocer este acierto que lo ubican quizá, sin pretensiones, como precursor o jefe de la revolución cultural que alimentó y moldeó el alma de los pobres y las predispuso para el cambio, mientras Gaitán se instalaba como el jefe del proceso político.

El desenlace de "Jornada" culmina en manos de otros, dejando a Osorio al margen de ésta, lo cual revela otra realidad que contrasta con la representación literaria hecha por él en la imagen de Tránsito en la novela; esto se dice al respecto:

[...] las sirvientas, los mozos de cordel, los tipos de los restaurantes, los emboladores y las putas, toda esa gente contribuía a que se sostuviese un periódico popular. Fuera, naturalmente, de la gente del pueblo en general, es decir, los artesanos, los obreros, la clase media de bajos ingresos, la barriada, esa era la gente que conservaba "Jornada", porque compraba las acciones (Alape, 1983: XVI).

Según esto, existió, en Colombia particularmente en Bogotá, una situación cultural rica, revolucionaria, democrática y popular, donde el pueblo participaba directamente, generando las transformaciones culturales, no era un mero espectador; esto indica que la relación o comunicación entre el líder y el pueblo en general con todas sus clases y núcleos marginales se encontraban en un estado de compenetración y cohesión tal, que es imposible creer el aislamiento del líder respecto a sus seguidores o de éstos hacia él.

Esta situación es corroborada por el mismo autor al anotar la relación contradictoria de Gaitán como personaje de la novela y el de la realidad; esto refiere del caudillo de modo biográfico, que “visitaba los barrios pobres, se complacía de los menesterosos, participaba en sus angustias, les ayudaba a definir sus problemas y analizaba en el contacto personal lo mismo la estructuración de la sociedad que los errores de la legislación.”(Osorio, 1982:94), mientras que en la representación de los sectores marginales configurados en la obra literaria *El día del odio*, la relación es completamente opuesta, porque Tránsito y la Cachetada, personajes de la novela, que aparecen inmersas en el ámbito de la prostitución, directa o indirectamente, no se muestran de manera alguna vinculadas a las circunstancias del entorno cultural, a la política, como al de la realidad histórica; para ellas no hubo un diálogo, un pasquín o periódico, una reunión, una concentración, ni siquiera el elemento casual medió a favor de ellas para establecer alguna relación con la situación política.

De lo anterior se advierte este alejamiento entre autor y realidad, le niega a ese pueblo, al cual manifiesta loa, la representación más rica de sus acciones épicas. Bien se pudiera pensar que las causas se encuentran en prejuicios que se desprenden de las contradicciones que tuvo con Gaitán que lo abocó a marginarse del movimiento gaitanista y de “Jornada”, o en razón de su aislamiento de la realidad social y política; sin embargo, como fue referido arriba, si advertimos las referencias que hace Berman (1991) respecto a la formulación planteada por Marcuse, se deduce que Osorio asume como compromiso poner énfasis en “El substrato de los marginales y desclasados”.

Ahora, si observamos esta intencionalidad de los escritores o artistas que se encaminaron por esta senda, se manifiesta una falta de sentido, pues nada dentro de la sociedad está al margen de ella. Así lo confirma Berman al criticar dicha postura: “Desde luego tal búsqueda está condenada a la futilidad; no hay nadie que esté o pueda estar fuera del mundo contemporáneo.” (Berman, 1991: 17). Es de observar la coincidencia entre este enfoque y la representación de Tránsito como un personaje confinado en el aislamiento sociopolítico extremo, casi absoluto, que coloca a Osorio Lizarazo en el seno de esta

tendencia que se caracteriza por el alejamiento de la realidad, y por ende de la sociedad moderna.

1.5. Visión política

La relación entre Osorio y Gaitán inicialmente fue mancomunada; pero luego se convirtió en contradictoria; así caracterizó al líder: “La cualidad básica en la oratoria de Gaitán no era la profundidad sino la emoción...el tribuno apelaba a la sensibilidad antes que a la inteligencia y en ello radicaba su éxito ante las muchedumbres populares.” (Osorio, 1982: 154); indica, además, que era en el “empeño de dignificación donde radicaba el aspecto más importante del espíritu revolucionario de Gaitán.” (1982: 195).

Sin embargo, el escollo entre los dos surge en que mientras el mismo jefe liberal inflamaba el ánimo de las masas, a la vez se las arreglaba para contener lo que tendía a convertirse en avalancha popular, que él mismo potencializaba; esto se observa en la propuesta de insurrección que Osorio le plantea a Gaitán, pues percibió, de manera asertiva como se señalará adelante, que en el alma del pueblo se agitaba este sentimiento; la respuesta de éste es revelada así:

El viejo y cordial amigo de Gaitán, que había abandonado la dirección de *Jornada*...concibió un plan para imponer la voluntad del pueblo y aprovechar el ambiente agitado y ansioso de sedición que había creado la oratoria de Gaitán. Pero el jefe se echó a reír, rechazó tal propuesta y anunció que jamás intentaría una revolución de esa naturaleza, aun cuando todas las fuerzas vivas del país así lo exigieran, porque él era un abogado y debía respetar la jurisprudencia y conducir su movimiento dentro de las normas de la Constitución y la ley. (Osorio, 1998: 275-276).

Aquí se evidencia la contradicción entre Osorio y Gaitán; éste negando el salto revolucionario y aquel defendiéndolo. Luego de esto, Osorio le hace juicio a Gaitán: “La posición de Gaitán encallaba en el absurdo y la contradicción. Todo el cuerpo constitucional y legislativo se había estructurado para la defensa del privilegio, para dar juridicidad a la injusticia, para aplastar al trabajador,” (Osorio, 1998: 276); después, Osorio reafirma su posición respecto a la revolución, esto dice: “Ninguna revolución se puede

hacer dentro de la ley, porque la revolución consiste en romper la columna vertebral de la ley. Y esto era lo que el pueblo ambicionaba y lo que esperaba gran parte del ejército,” (1998: 276). Respecto a las condiciones favorables para la revolución, agrega de Gaitán respecto a la relación que tenía establecida con el pueblo que: “demostró...que el pueblo se lanzaría en una loca aventura a la menor indicación suya, que el ejército se dividiría, que los cuerpos policiales eran integralmente gaitanistas,” (1998: 277).

Se observa en lo anterior, la existencia de una situación favorable para iniciar transformaciones; pues además del pueblo, dos baluartes del Estado, la policía y parte del ejército, se hallaban a favor de la posición gaitanista. De acuerdo a esto, dos años antes del levantamiento del 9 de abril de 1948, las condiciones insurreccionales eran propicias para iniciar el salto revolucionario. Se advierte en esto que Osorio Lizarazo estuvo conectado a fondo con las circunstancias históricas, con las demandas que esta planteaba y consciente de esto presentó su compromiso a través de la propuesta que le hizo a Gaitán de promover la revolución la cual fue rechazada de manera categórica por el Líder popular; sin embargo, podría decirse que Osorio Lizarazo se reivindicó luego, con la obra el *Día del odio*, en el cual refrenda su propuesta que el líder y amigo había considerado inaceptable. Históricamente demostraba que tuvo la razón, porque esas masas que el dirigente había contenido, sujetándolas al marco de la legitimidad, desbordaron ésta al momento del asesinato del líder.

En este contexto, se alude en otra parte sobre el papel que tuvo el Partido Comunista de aliarse con el candidato de la oligarquía, con Turbay; aquí Osorio Lizarazo calaba la naturaleza contradictoria de este organismo político al cual señala como ente electorero, de lo cual se deriva una esencia sin sentido revolucionario que se subordinó a los intereses de las castas oligárquicas; el nombre de partido comunista era un mero rótulo externo que ocultaba una posición opuesta al interés popular; al respecto dice:

En las elecciones de 1945 para renovar el parlamento, la oligarquía movilizó todo su poder. Emplazó toda clase de armas. Eligió cuidadosamente los directorios. Una diminuta sociedad electorera, que pretendía llamarse partido comunista y que aportaba unos cinco mil votos en

el país, fue adquirida por la oligarquía para respaldar a Turbay en nombre de las fuerzas de la izquierda. (Osorio, 1998: 266).

Si tantas razones brotaban por montones que demostraban con claridad suficiente las favorables condiciones para la lucha popular, pues se había generado incluso ambiente de insurrección, en el que la fuerza del pueblo se potencializaba momento a momento y presagiaba el inevitable desenlace del levantamiento, ya fuese dirigido o desencadenado de modo espontáneo como sucedió después, es cuestionable por su comportamiento, que una organización que se autoproclama revolucionaria de la causa obrera y popular no haya captado esta dinámica de la sociedad que fluía a borbotones en la superficie, sin sacar no sólo el más mínimo provecho para el interés de los marginales y explotados, sino que terminó convertido en apéndice de los intereses económicos y políticos de un sector que dominaba en el país a favor del imperio norteamericano sobre el territorio de Colombia.

Las diferencias de Osorio con Gaitán se manifestaron en otro aspecto sugerido por Osorio, después del triunfo representado por la obtención de la presidencia de Ospina Pérez en 1946, del cual salió derrotado el liberalismo, permitiendo así que Gaitán asumiera el dominio de la dirección del partido; esta situación abocó que las huestes que habían apoyado a Turbay, el candidato oligárquico, se desplazaran a las toldas del gaitanismo que Osorio critica así, porque experimentó que algo esencial del gaitanismo se estaba diluyendo: “olvidó, con algunas excepciones, a los amigos que lo acompañaron y lo respaldaron en su callada adhesión en las horas de la noche...y como tenía la responsabilidad suprema en el partido liberal, ingresó a los directorios departamentales y municipales con personal extraído de esa fauna” (Osorio, 1998: 278).

Es de suponer, que él fue uno de los afectados, quizá siendo marginado del séquito que lo acompañaba, como se advierte en el cambio suscitado en el semanario “Jornada”, del cual había sido su fundador y director; dice así: “El grupo de denigrantes que había dirigido “Batalla” se apoderó de “Jornada”,” (Osorio, 1998: 279); estos mismos de “Batalla” habían lanzado contra Gaitán la diatriba y la calumnia cuando disputaba la presidencia con Turbay; respecto a estos había señalado que “el semanario que dirigía Darío Samper, acentuó su

campaña de difamación y de calumnia, y pretendiendo ayudar a la obra misericordiosa de aclarar las pupilas obnubiladas del pueblo, denunció que Gaitán sólo pretendía estafarlo en su fe y en el dinero que recogía para su campaña suicida.” (1998: 270-271).

Estos cambios lo abocan a la marginalidad o quizá él se margina por prejuicios que no le permiten admitir los cambios políticos efectuados después de la victoria conservadora de 1946, que le dieron a Gaitán el poder sobre el liberalismo y aumentaron su caudal con la corriente liberal que había estado subordinada a los jefes oligárquicos. Este aislamiento se revela en dos aspectos; el primero, se observa en la situación que él menciona, de manera autobiográfica, cuando hacía defensa del gaitanismo inicial, pero para criticar el viraje dado luego por Gaitán, al señalar que “uno de los más ineptos atorrantes políticos intentó una acción criminal contra el más leal e incorruptible amigo de Gaitán, Osorio Lizarazo, por haber pretendido reevaluar en un artículo de periódico la profunda sinceridad del movimiento en su primera etapa.” (Osorio, 1998: 281-282).

Este hecho fue calificado por Osorio como “una síntesis del desalojo forzoso emprendido contra el espíritu de la restauración moral.” (Osorio, 1998: 282). Esto indica que Osorio ya no hacía parte, no sólo de la dirección de “Jornada”, sino que tampoco lo hacía del movimiento gaitanista, probablemente por estos cuestionamientos hechos a Gaitán quien había admitido dentro de su corriente a aquellos que lo habían difamado y que cargaban con los vicios de la inmoralidad, que ponían en entredicho la consigna que llevó como estandarte, cual era la lucha “Por la restauración moral”.

La otra razón, ya referida, que quizá generó desavenencia entre ambos pudo haber surgido de la propuesta hecha por Osorio a Gaitán de acudir a la alternativa de la insurrección popular, que éste rechazó de manera categórica sin dar opción siquiera al estudio de tal posibilidad. En realidad eran dos perspectivas antagónicas: una, la de Gaitán, por la vía pacífica de la evolución, la otra, la de Osorio, la de la revolución, la de transformar radicalmente la sociedad y el Estado.

Concluyendo, Osorio Lizarazo emerge y participa en una época (siglo XX) signada por factores históricos contrapuestos, que configuran la modernidad, pero determinantes para el desarrollo de la humanidad, uno de los cuales, el socialismo, insurge como sistema social que derrumba estructuras económica-políticas que se consideraban inmutables, abriendo así, espacios para la liberación de las fuerzas productivas de las cuales la más importante el hombre vinculado al trabajo, el obrero. Sin embargo, este periodo de medio siglo, se caracterizó por la confrontación que se materializó en dos guerras, una de extensión europea y la otra, la segunda, de cobertura mundial contra el fascismo que una vez derrotado dejó como rezago, su estela tendida en otros lugares del orbe, entre los cuales Colombia y Latinoamérica no quedaron al margen.

Este contexto fue decisivo en las transformaciones culturales, particularmente en el mundo occidental, del cual surgieron manifestaciones que a la par de los cambios de la modernización, generaron también ruptura con la tradición establecida en la cultura; efecto de esta nueva situación surge el fenómeno del vanguardismo que se manifestó a través de las diversas expresiones artísticas. Paralelamente, él se involucró en el proceso cultural de la política en el país que pretendía establecer una sociedad totalmente nueva para lo cual trabajó al lado de Gaitán como jefe de redacción de la revista “Jornada”; pero contrariedades no conciliadas con el líder lo llevaron a marginarse del movimiento.

Además, en Osorio se advierte que no sólo la literatura y la política fueron actividades exclusivas sino que reflexionó y abordó acerca de aspectos contemporáneos como el periodismo y la historia; en este sentido, refirió sobre Colombia en el marco de la primera mitad del siglo XX: En *Gaitán: vida, muerte y permanente presencia*, que alude a la biografía del caudillo liberal y que señala también alusiones autobiográficas en las cuales se manifiestan sus opiniones e informaciones sobre la realidad nacional de aquella época y que indica una interpretación de ésta. Aquí se observan aspectos históricos como lo fue el desenlace del radicalismo liberal y sus repercusiones en la vida nacional, de la campaña anticomunista y del aniquilamiento de los obreros de las bananeras y de Barrancabermeja, del proceso de dominación y de imposición del imperialismo a través de los empréstitos, de

la llegada de las ideas socialistas y de la creación del partido comunista en Colombia y de la presencia de un liberalismo renovado que develó la división del país en dos polos: el país político y el país nacional.

El impacto que el autor ha generado con su obra y por ende con su novela, más en los contemporáneos que en los de la época que le correspondió, estriba en el valor que le confirió a la representación de la ciudad. De esta forma Osorio, naturalista de la representación que lo alejó de la realidad, es considerado precursor en el ámbito literario, dentro del contexto nacional, de la configuración de la ciudad marginal o ciudad anómica; pero que constituyó la causa que lo aisló de la modernidad.

2. Desarrollo teórico metodológico

2.1. ¿Cómo se revela lo social, histórico e ideológico?

El objetivo de este capítulo consiste en la formulación del modelo Teórico-metodológico para el abordaje del análisis de la novela *El día del odio*, de Osorio. Dado que la novela alude a la representación social e histórica, que entraña lo ideológico, el modelo de la Sociocrítica de Cros es el pertinente, es la base para el desarrollo del estudio, que orienta a la identificación de las estructuras sociales, estableciendo así un contexto del texto, teniendo en cuenta el criterio de inmanencia que se circunscribe exclusivamente al texto.

De otra parte, el aspecto metodológico se desarrolla con base en la semiótica que indica la Sociocrítica de Cros, que orienta el signo en una relación textual con significación social. El proceso metodológico está básicamente planteado por el interdiscurso que indica el sentido, en cuyo desarrollo interviene, de manera secuencial, el proceso o método articulador que se configura así: el texto semiótico que establece la co-referencia de signos y el fenómeno textual; luego, con base en este, se formula el sistema semiótico y, finalmente, la microsemiótica del cual se deriva el discurso. La aplicación del método se desarrolla sobre la extensión de lo social, histórico e ideológico derivado de los anteriores.

2.2. Tránsito, la campesina en relación con la familia y la supuesta clase media

En torno del personaje Tránsito se establece texto semiótico inicial, a través de aspectos, que relacionan su condición de adolescente, hija de campesinos. Se advierte la significación y prospecto que encarna para sus padres: “CUANDO TRÁNSITO estuvo en edad de servir, a los quince años su madre la condujo a la ciudad” (Osorio, 1979: 9), donde “ayudaría con su salario a reparar las pérdidas” (p.9), que ocasionaba la naturaleza sobre los cultivos.

El término “salario” revela aquí relación económica, entre la mujer del campo orientado al interés económico de sus progenitores; está destinada a “servir” en la ciudad, indicación de trabajar, pero en condiciones de servidumbre. “Sus padres ejercían sobre ella una autoridad

despótica y la azotaban” (p.9), y “el látigo y el palo estaban listos para caer sobre sus costillas.” (p.10). El fenotexto remite a estadios de esclavitud, a las prácticas ejecutadas por amos hacia esclavos para mantener el sometimiento y garantizar la explotación, revela el discurso social.

En Regina, “era necesario que la diligencia de Tránsito se convirtiera en una fuente de ingresos...Había colocado a la muchacha entre sus hortalizas, como si fuera simplemente un objeto más que le brindaba a la clientela indiferente.”, “su malicia campesina se puso en guardia para la terminación del negocio.” con la señora Alicia. Así, “Regina vendría mensualmente a recibir el dinero”, por tal, “era indispensable acompañarla y entregarla como un depósito, para saber...dónde vendría a cobrar el salario” (Osorio, 1979:10-11).

Estableciendo relación entre los textos, se observa la relación de identidad que establecen los siguientes términos: objeto, clientela, negocio, dinero, depósito y salario; los cuales conducen a un discurso mercantil, que revela la trata de humanos, en particular la mujer campesina. En esta instancia, toma forma la relación socio-económica que se establece con la mujer campesina, adolescente.

En Alicia, la mujer del empleado, Tránsito es “-Una china así es la que me hace falta-” (p.10); pues “situaba su máxima ambición...en una criada a quien mandar.” (p.11). Los signos “china”, “criada” y “mandar”, advierten la relación de servidumbre que se establece con la ciudad; así, Alicia configura la otra parte que cierra el círculo de la relación socio-económica que impone la servidumbre entre campo y ciudad.

Haciendo conjunción semiótica o microsemiótica, se advierte que subyace un discurso mercantil, de trata o comercio humano que remite a las relaciones esclavistas originarias, que se asimila en la particularidad de que el intercambio se realiza, no en venta directa, sino en calidad de alquiler. La adolescente campesina es objeto de comercio entre dos núcleos sociales: el campesinado y otro núcleo social, el del empleado arribista. En este sentido estas clases, instituyen como una formación social que reproduce la dominación de carácter

esclavista; esta instancia social, si bien no constituye el poder central, ramificado del Estado; se manifiesta como extensión de este.

Tránsito en el ámbito doméstico, “reconstruyó todo su mundo...consagrando la totalidad de sus afectos a su señora, a don Pedro y a los niños” y “terminó por entregarse sin restricciones”, incluso “empeñó una cadenita de plata con un medalloncito místico” para aliviar las dificultades económicas que padecía la familia a la que servía. Además, a través de “Su tierna mansedumbre llegaba hasta el sacrificio”, pues “se atribuía voluntariamente” las faltas de los niños que ocasionaban la cólera del padre. (Osorio, 1979:12-13).

Observando los signos y fenómeno textual que establecen correlación: “afectos”, “entregarse”, el texto “empeñó medalloncito místico”, “mansedumbre”, “sacrificio”, “faltas”, se advierte que remite al discurso religioso cristiano, posterior al paganismo, como en la práctica de entrega al prójimo, tanto espiritual como materialmente y hacerlo soportando la humillación; así, es como se asimila el colocar la otra mejilla. Del fenotexto, “¿Que harían sin yo?” (p.14), subyace la condición de la redención, de la entrega al prójimo mediante el sacrificio.

Respecto a la compatibilidad entre esclavitud y cristianismo, Brion se apoya en Godwyn, quien manifestó que “La cristiandad estableció la autoridad de los amos sobre sus siervos y esclavos en tan gran medida como los mismos amos podrían haberla prescrito...exigiendo la más estricta fidelidad...exigiendo que se les sirva con corazón puro, como si sirvieran al Señor y no a los hombres” (Brion, 1996: 199).

La visión de la familia Albornoz, con “su ufanía de clase media considerase natural que la torpe campesina inmolará en su servicio la precaria juventud” (Osorio, 1979: 13). El término natural relaciona la visión ideológica de este núcleo familiar que considera el trabajo y la entrega de Tránsito como connatural. Así, el discurso social, instala la marca ideológica en la relación con la subyugada.

Sobre Tránsito: “Una desconocida ascendencia rubia le había clarificado la sangre indígena,” (p.11). Enriqueta dice a Alicia, su inquilina, que “-Yo no conozco como usted a su sirvienta. ¡Y estas indias saben ser tan mañeras!...yo no digo que ella robó, pero...” (p.15). Hay un discurso social que manifiesta el racismo, a Tránsito, se le considera despectivamente dentro del grupo social de las “indias” por parte de la señora de clase media, propietaria.

La familia Albornoz: “Tenían que buscar un alojamiento más barato, porque los precios subían incesantemente y el sueldo no alcanzaba para los gastos más esenciales.” (Osorio, 1979:14). Observando los signos de este texto: “barato”, “precios”, “sueldo” y “gastos”, conlleva al discurso económico que develan las condiciones del contexto, en el cual el empleado de tendencia social arribista es empujado a la precariedad económica. Se infiere detrás de todo, el poder de un Estado que oficia como benefactor de poderosos y exclusivos intereses, de una parte, y de otra, agobia con estas medidas económicas a los que se ubican en los niveles bajos de la escala social, en la cual se halla inmersa la clase media baja y un sector trabajador que es el empleado.

Articulando estos textos semióticos que constituyen una cadena, se revelan los discursos que aluden a lo mercantil, el religioso, social y económico, que se evidencia en la formación social que relaciona a clases del campo y la ciudad, constituyendo así relaciones sociales de esclavitud. Tránsito representa socialmente la mujer campesina, lo dominado o subyugado. Esta relación, establece la oposición de dos ideologías encontradas, una dominante, la supuesta clase media, que considera natural las relaciones de dominación e invoca racismo; la otra, la campesina, es la expresión cristiana, orientado a la redención social a través del sacrificio por el prójimo. De esta relación entre Tránsito y la supuesta clase media, ésta refleja carácter antagónico respecto a las del campo, porque es factor causal de la marginalidad de la campesina en la ciudad.

2.3. La justicia

“La policía era la fuerza, la defensa, algo grande e indescriptible...confiaba en el policía y esperaba de ese poder protector la solución de su problema.” (Osorio, 1979: 24). Del texto, a través de un discurso social, se establece relación de términos en torno al signo policía: “fuerza”, “defensa”, “grande”, “protector” y “solución”, que advierten confianza social frente a un estamento de justicia.

“Ahora odiaba a los policías.” (p.28), “sintió sobre sí la más horrenda de las humillaciones.” (p.25), “¡Y no me jriegue!” (p.28). El agente “la golpeó brutalmente con el bolillo de caucho.” (p.28). Aquí el discurso social trastoca la visión respecto al ente policial: el odio, la humillación, el rechazo, el golpe y el bolillo, desvelan la situación con una valoración diferente, que pone en contradicción la subjetividad de la campesina respecto a la policía y lo que esta le ofrece.

“La policía había prevenido mucho a las dueñas de casa contra esas sirvientas que van ofreciéndose así” (p.47). “No había pieza para una muchacha sola, porque de pronto llegaba la policía y sacaban su buena multa.” (p.47); El signo policía agrega otra significación: la prevención y las medidas punitivas económicas para quienes sean permisivos laboral y socialmente con la campesina; así, la ciudad adquiriría la connotación de un escenario reclusorio para la campesina.

“Frente a la muchedumbre enfurecida, casi todos los agentes de la policía recordaron que también eran pueblo, que habían sido extraídos de las ínfimas capas para ser amaestrados contra los suyos como viles perros de presa, y abandonaban sus fusiles y sus insignias en manos del que los quisiera.” (p.229). La relación de los términos “policía”, “pueblo”, a través de un discurso socio-político, revela la transformación del núcleo policial que pasa a convertirse en aliado del pueblo al ofrecer las armas, en el momento insurreccional, lo cual advierte crisis en el Estado.

En consecuencia, mediado por el discurso socio-político, el organismo policial revela transformación política en relación a la función que cumple sobre la mujer campesina en la

ciudad; de una parte, luego de violador y represivo carcelero se torna liberador y de otra, representa la fractura del Estado y por ende generador de su crisis.

“¿Otra borracha?”, “-¡Ah! Con que ratera, ¿no? ¿Está fichada?”; ordena “-Métanla adentro.”, “A ver, háganle la ficha.” (Osorio, 1979: 28-29-30-40). Se tiene un discurso jurídico, del procedimiento; los términos borracha, ratera, fichada y métanla, indican un juzgado, que sobre la base de un interrogatorio que responde no la acusada sino el juez, dando sentencia que condena a reclusión, donde el derecho a la defensa es inexistente y se carece de investigación.

Se presenta el discurso jurídico que muestra los lazos de la ley, a través de la “justicia”, que revela el Estado. Teniendo en cuenta la particularidad que destaca la justicia dentro de la representación, Cros (1999) señala que “en cualquier tiempo un aparato ideológico es más fuerte que los demás;” (Cros, 1999: 18), el cual se instala como el sistema “modelizador”.

La violencia sexual y física es esgrimida por el cuerpo policial y no sólo es aceptada y encubierta por las demás ramas de justicia, desde el juez hasta los secretarios del despacho, sino que éstos, de modo cínico, convierten los argumentos de la defensa en los que determinan la condena. En consecuencia el Estado, en su rama de justicia, oficia como agente de la degradación moral, social y física para las mujeres del campo, las cuales pretenden subjetivamente hallar bienestar y progreso en la ciudad.

2.4. Ciencia alienada

Dentro de “la organización social y los elementos que la constituyen” a través de la voz extradiegética, se indica que “Los mismos sociólogos y los antropólogos cuya ciencia se funda en el prejuicio social, descubren en los individuos que forman la chusma taras y signos de evidente degeneración.” y “Denuncian sus actos como los efectos de una regresión”. Además, “teorías que relacionan la morfología con las tendencias morales”, con “características físicas que separan al hombre decente del plebeyo” (Osorio, 1979:106-107).

La relación de los términos “individuos”, “chusma”, “taras”, “degeneración”, presenta indicación social sobre un grupo o colectivo con características degenerativas, que integradas a los signos del otro texto: “actos” y “regresión”, “morfología” y “tendencias morales”, configura un núcleo social con tendencia natural de deshumanización por las características físicas; estos conceptos sociológicos se inscriben dentro de un orden social a través de “sociólogos y los antropólogos”, pero carecen de fundamento, porque son ubicados en la seudociencia al considerar sus formulaciones “prejuicio social”. Se observa las relaciones opuestas entre el discurso de la ciencia y la seudociencia.

Observando el fenotexto “como lo pretendían los sociólogos a sueldo de los capitalistas”. (Osorio, 1979:140), el signo “sueldo” es asimilado por el de vendido o comprado, que refiere a la compra de conciencias por los capitalistas, de tal modo que remite al discurso mercantil, característico de la formación social señalada.

En consecuencia, se advierte que el discurso de la ciencia se enlaza al mercantil; se presenta conceptos sociológicos opuestos en el que la ciencia, de modo crítico, confronta la promulgación del racismo por la seudociencia, en la cual se apoya “la organización social” de capitalistas que compran “sociólogos”, para establecer la segregación racial y por ende social.

Respecto a la tendencia racista, Konstantinov refiere:

Unos pueblos son, según ellos, por factores de raza, incapaces de alcanzar un desarrollo económico, político y cultural independiente, lo que vale tanto como decir que la propia naturaleza los condena a la situación de esclavos coloniales. En cambio, otros están llamados a dominar, gracias a las cualidades de raza que, según los racistas, les son inherentes. (Konstantinov, 1957: 29).

Además, indica que la sociología burguesa identifica “las leyes el desarrollo social con las leyes del desarrollo de la naturaleza, buscando la respuesta a los problemas sociales, históricos, en la naturaleza biológica del hombre, supuestamente invariable y eterna.” (1957:15); esto se da, porque “las teorías biológicas u otras teorías *naturalistas* tratan de

identificar los fenómenos sociales con los naturales, con los fenómenos biológicos, físicos, mecánicos, de trasplantar a la sociedad las leyes de la biología, de la física y de la mecánica.” (1957: 16). De acuerdo con esta ideología, se observa conexión con el fascismo, que admite las diferencias raciales como signos de superioridad para unas razas e inferioridad para otras.¹

2.5. Clase obrera

Dentro de las categorías sociales se refiere al empleado, “obreros de ese tipo simulador y presumido... de trabajador no estrictamente manual, lo coloca automáticamente en la clase media.” (Osorio, 1979:115-116). La relación con los signos de “simulador”, “presumido”, “no manual”, “clase media”, advierten, a través del discurso social, la existencia de un código social que degrada la condición de ser obrero, por tal razón, la ambición de “ascender”, se orienta la consecución de un cargo no manual, porque socialmente se inscribiría en la clase media; en tal sentido, se ubican en la tendencia social del arribismo.

Se caracterizan por “un fuerte individualismo” que “los inclina al aislamiento y los hace desconfiar de los beneficios de la colectivización.” (Osorio, 1979: 116). Los signos, “individualismo”, “aislamiento”, “colectivización”, revelan la contradicción que conllevan estos obreros, pues reflejan comportamiento burgués que los aleja la organización y manifestación colectiva.

La tendencia arribista es “un elemento protector contra la infiltración comunista.” (p.116); los signos: “protector” y “comunista”, pone en escena un elemento del discurso socio-político, el cual deja entrever el ambiente social que significa rechazo o contención a las ideas del socialismo. Se identifica la carga social y políticamente negativa que connota la expresión comunista. En consecuencia, por medio del discurso socio-político, la

¹ Respecto al fascismo, dice Gaitán, que esta doctrina “supone, o cree, que la vida es por esencia lucha y que en esa lucha no sólo no está mal que el débil perezca a manos del fuerte, sino que corresponde a la realidad biológica...De manera que la lucha tiene un fin en sí misma: vence el más fuerte y debe ser vencido y desposeído el más débil.” (Gaitán, 1987: 7).

representación del empleado se connota como un obrero aburguesado no susceptible al comunismo, es la negación de su clase.

El obrero de la construcción o raso es diferente en este contexto, así se observa en los siguientes textos: el obrero le habla a Tránsito, “Vusté me gustó mucho, y como ta joven, no debe´ star aquí... ¿Quer´irse con yo por unos días? Tengo una piecita...” (p.170); a lo cual Tránsito acepta al responder que “-Yo sí me voy con vuste más que sia unos diítas” (p.171). Hay un discurso social que indica la interacción del obrero con la campesina, no se establece mediada por la violencia sino voluntaria, porque se ejerce atracción natural, pero no se propone una relación estable que tienda a consolidarse sino que se acuerda transitoriamente.

Chicherías, “donde el impulso sociable del bajo pueblo de Bogotá encontraba oportunidad de expresarse y ante ellas se reunían los obreros al salir del trabajo.” (Osorio, 1979:49). Se plantea el discurso social; en los signos que revelan estos lugares: “sociable”, “bajo pueblo”, “expresarse”, “obreros”, se presenta la connotación social de estos lugares de concentración que reflejan un ambiente liberador para los obreros comunicarse, que predisponen las relaciones políticas.

En este ámbito social, en medio del consumo de la bebida, en un contexto que se agitaba por las elecciones, como se advierte en la expresión de uno de ellos: “-Y ora quisque vamos a votar otra guelta...” (p.183), referían que Gaitán “Stá contra los ricos jediondos que nos roban y dice que esto es una oligarquía...Dice que el único capital que vale es el que se gana a punt´e trabajo” (p.183). Hay un fenotexto en el que se expresa un discurso socialista en una situación política; se advierte la asimilación; la indicación de “ricos” remite a burgueses, y “capital” y “trabajo”, son revelaciones directas que conlleva la ideología marxista.

Antagonismos entre obreros, el compañero de Tránsito, antagoniza la discusión, caldea el ambiente, pues imbuido de cólera clama: “-¡Pero con Gaitán no se meten!...Es el único que

les canta la verdá a estos godos jediondos, y ora vienen a hablar d'él; Ése si quiere al pueblo, porque es puro pueblo.” (p.184). Presenta el discurso político, que señala contradicciones de los obreros en torno al líder Gaitán; se defiende su identidad con el pueblo y el carácter contra los godos, término que es asimilación de conservadores.

Otro obrero replica: “Mucha promesa mientras saca los votos y endespues nada” (p.183), y agrega que “Gaitán les ta sirviendo a los godos porque quiere acabar con l'unidá del partido liberal. Es su consina.” (p.184). Siguiendo el discurso político, el líder representa otra faz, doble, demagógica con el pueblo y de división al partido liberal.

Sin embargo, por un incidente insignificante, uno de “los contertulios acusó al compañero de Tránsito de haberle mojado la ruana con unas gotas de chicha” (p.184), generando la reacción de éste que se involucró en la contienda física, siendo herido para luego agonizar y en consecuencia morir. Finalmente, “Tránsito no supo jamás como se llamó el compañero de una semana, en quien había depositado su esperanza suprema.” (p.185). Se desprende del discurso social que la relación entre el obrero y la campesina fue anónima, efímera y la esperanza vana.

Están presentes los discursos: social, político y socialista, que refieren los antagonismos entre obreros en las chicherías, lugares de convergencia y el fallido intento del obrero que establecer relación de familia con la campesina. Los antagonismos políticos llevan al sectarismo, teniendo como eje de este al líder Gaitán que fluctúa entre dos posiciones, una que lo revela a través del discurso socialista, a favor del pueblo contra los godos, y otro que lo denuncia por demagogia y traición liberal. La muerte del obrero esfuma la esperanza de la mujer campesina y demuestra la debilidad política de los trabajadores rasos.

En resumen, el núcleo obrero, no sólo escindido, sino imbuido, unos por ideas como las del individualismo y arribismo, y otros por el sectarismo político atizado en el alcohol como elemento de descomposición moral, avalado por el Estado, no permitía que consolidaran una perspectiva de progreso para la sociedad, ni para sí y menos para la concreción de la

alianza obrero-campesina, en circunstancias políticas en las que un líder popular intentaba favorecer sus intereses.

2.6. Olmos y la marginalidad

Entre marginales, Olmos responde: “Entonces usted no sabe lo que es gaitanismo. El comunismo es una brutalidad.” (Osorio, 1979: 147), y señala contra estos que “Es otra manguala política pa los vivos.” (p.147). Aquí el discurso político, de los textos enunciados, indica inicialmente que entre un sector de marginales, se plantea la relación de concordancia entre el pensamiento gaitanista y comunismo, lo cual presenta confusión política, que Olmos intenta aclarar señalando la gran diferencia que existe entre uno y otro; el término “manguala”, en el contexto político connota contubernio, alianza que hace daño, y “vivos” alude a los políticos ventajistas que se lucran de esta actividad aprovechándose del pueblo por medio del engaño.

Olmos, el tinterillo, manifiesta a marginales: “Dicen camaradas y compañeros y ofrecen repartir todo...pero pa ellos solos. Pa los idiotas que pongan la espalda no quedará nada.” (p.147); así, devela la doble actitud que comportan, de palabra son de la misma causa, pero de hecho engañan a los de abajo que creen en sus palabras. “Ay tán ya los jefes bien aseguraos con los liberales.” (p.147); es de suponer que son los oligarcas liberales.

Hay discurso político, que involucra entre marginales relaciones contradictorias y confusas. Olmos, aclara el panorama de confusión que reina entre los excluidos sociales sobre la naturaleza del comunismo, rotulado así, pero en esencia comparte intereses con un sector de la oligarquía dominante. Así, es de advertir que el núcleo comunista, no sólo se hallaba separado de las bajas capas sociales, sino que estaba aliado con los enemigos de éstos y de la base obrera que supuestamente representaba. Detrás de la fachada comunista se oculta la esencia ideológica liberal; era una extensión del liberalismo oligárquico, opuesto a Gaitán. “Gaitán es un hombre de verdá;... Lúnica vaina es que es abogao... Y porque es abogao...no va a hacer la revolución que es necesaria. No nos va a dejar despescuezar uno

de esos ladrones de alta. Su mala vaina, su defecto único es que dice que la revolución hay que hacerla dentro de la ley.” (p.146). Aquí se establece encadenamiento del discurso político con el histórico; primero, se presenta la contradicción de dos concepciones sobre la revolución, una en la cual se halla circunscrito Gaitán, pues subordina la revolución a la ley, que se instala como veto a la revolución, y la otra, la de Olmos, que plantea la revolución con método, sin las cadenas de la legitimidad.

Desde el discurso histórico, haciendo la deconstrucción del texto, “No nos va a dejar despescuezar uno de esos ladrones de alta” (p.146), se advierte que remite a la revolución Francesa, porque el término “despescuezar” reemplaza a guillotinar o cortar cabeza, de igual forma el término “alta” es la asimilación de noble o correspondiente a la realeza. Así, Gaitán connota no sólo la negación de la revolución, sino la negación de la experiencia, a replicar la historia mediante el paradigma de la Revolución Francesa.

Dice Olmos, “Lo primero que hay que hacer es tumbar la ley. Partir de nada, como en la Revolución Francesa...” (p.146). El pensamiento de revolución en Olmos es coherente con el objetivo de “Tumbar la ley”, lo cual connota la destrucción del sistema Jurídico, base de un Estado que requiere ser transformado radicalmente, como el ejemplo puesto de la Revolución francesa.

Olmos “animaría la orgía incendiaria y se vengaría de su miseria, de su fracaso, de la inutilidad de sus esfuerzos heroicos, ya abandonados, para formar parte de una clase mejor y salir de la órbita donde lo hundió el oficio de su padre: zapatero remendón.” (p.138). Del discurso social, el signo “zapatero remendón” connota un código social que segrega socialmente a los descendientes de quienes ejercen estas labores; se advierte la presencia de murallas que instala la “sociedad”, que impiden el ascenso social estableciendo estadios de marginalidad y ambiente de sedición.

En el discurso social se descubre a Olmos como ser consciente de su condición social, de marginal, pero degradado no por cuenta propia, sino por barreras que le instaló la sociedad

y el Estado, que no le permitirán nunca el acceso a una condición social formal como él la ambicionaba. Derivado de esto, como efecto de lo anterior, en él se desarrolla el carácter político hacia la “destrucción y de desorden, impregnado de odio” (p.138), elementos estos que no son suficientes para que se constituyan en raíces de tendencia anarquista en él.

“Posiblemente Gaitán ignoraba la existencia personal de Olmos, como desconocía la de innumerables de sus prosélitos,” (p.142); En el discurso social se advierte la desconexión, factor recurrente que presenta el líder respecto a sus seguidores, es la fractura orgánica entre el dirigente y las masas; así, Olmos realizaba la actividad política de manera personal, pues no había establecido vínculos con el líder de las esperanzas del pueblo, no existe una conexión orgánica con el caudillo, su entronque se instala en la distancia.

“En el palacio de justicia, el Forge Olmos y cuantos tinterillos vivían haciéndole a la ley faenas de torero, aprovecharon el desorden para destruir sumarios y expedientes.” (pp.229-230). Los elementos, “palacio de justicia”, “tinterillos”, “ley”, “desorden” y “destruir sumarios y expedientes”, que giran en torno a Olmos, indican un aspecto de la concreción de la revolución, establecido en el discurso político; es la destrucción de un soporte fundamental del Estado, que legitimaba la segregación racial y social. El significado liberador del acto se advierte en un marginal quien se detuvo “a contemplar aquel maravilloso siniestro, donde se hundía todo su pretérito anónimo, la vil trayectoria de la incansable persecución que la sociedad había emprendido contra su vida azarosa.” (p.230).

Desde los discursos, social, histórico y político, en Olmos el éxito es relativo, de la idea de revolución, se pasa a la concreción y a la confirmación histórica mediante la réplica de la Revolución Francesa, lo cual devela, a la vez, a Gaitán como negación de la revolución y por ende separado de la historia. Hay liberación en el evento revolucionario, se destruye el soporte jurídico que establecía la segregación social y racial; sin embargo el Estado se sigue sosteniendo con las estructuras políticas y económicas que apuntan hacia la continuidad, porque Olmos se disuelve en la acción, desaparece, no quedan signos de su vida, lo cual anula la posibilidad de dar significación a la tendencia social que representaba o, de otro

modo, se podría indicar que su presencia queda tácita, como factible continuador de la causa de los marginados.

2.7. Gaitán

La procedencia de Gaitán, indicada por voz narrativa extradiegética, se inscribe en “las clases laboriosas que han sido siempre hostilizadas y despreciadas por las clases enriquecidas” (Ososrio, 1979: 139); Observando el fenotexto y haciendo la deconstrucción se identifica el discurso socialista; el término “clases” así lo indica, de tal forma que “las clases laboriosas” son la asimilación de clases trabajadoras o proletarias, y “clases enriquecidas” la de clases burguesas, lo cual plantea relaciones socio-económicas, que refieren contradicciones antagónicas de clase entre burgueses y proletariado. En consecuencia, se advierte el discurso socialista en otra voz, la extradiegética, que señala las condiciones socio-económicas del origen de Gaitán.

Olmos refiere de Gaitán, quien “afirmaba que es el pueblo y no los ociosos grupos burgueses y capitalistas los que crean la riqueza” (p.140). Se observa en el fenotexto que el término “pueblo” contextualiza el de proletario, el cual, articulado a los signos “burgueses y capitalistas” y “riqueza”, indican el discurso socialista que subyace y conlleva la ideología marxista.

La extensión social que abarcaba estos postulados, dictados por el adalid, incluía a “Los obreros y los campesinos que entregaban su salud y su vida para el enriquecimiento de los patronos,” (p.141). Aquí, en Gaitán, hay continuidad del discurso socialista que revela la explotación, producto de las relaciones antagónicas de clases, mediante la denuncia política.

El blanco de las denuncias de Gaitán, iba dirigido contra quienes “identificaban sus intereses económicos aun cuando pertenecieran a partidos opuestos, pero azuzaban la pasión y el odio partidista entre el pueblo para impedir que éste pudiera vincular su miseria y solidarizar su venganza y declararse en rebelión para reclamar sus fueros.” (p.140).

Derivado del discurso político, se advierte que los sectores dominantes, estaban unidos en esencia mientras aparentaban intereses opuestos, simulaban antagonismos de cara al pueblo, pero compartían intereses económicos mientras atizaban la rivalidad y el fanatismo político entre el pueblo que integraban los dos partidos. Aquí se descifra el engaño como arma para dividir y confundir al pueblo, de una parte, mientras que de la otra, se revela la verdad, a través del líder, que descubre la farsa que se pretende mostrar a las capas bajas de la sociedad.

La denuncia se extiende contra el Estado: “denunciaba que sólo para el pueblo se construyeron las cárceles, se instituyó la policía, se redactaron las leyes punitivas, se cerraron las escuelas” (p.140); Se presenta fenotexto, pues señala el término “pueblo” que hace asimilación del proletario; en este sentido, el discurso socialista revela otro aspecto de la ideología marxista, relacionada con la concepción del Estado, que considera el carácter de instrumento de este que sirve a una(s) clase(s) para dominar y someter a otra(s). Respecto a esto, Lenin (1975) dice que “Según Marx, el Estado es un órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra” (Lenin, 1975: 8). En el discurso se hace manifiesta de modo genérico el término pueblo, sin darle determinación de clases.

Gaitán combatía también a los “sociólogos a sueldo de los capitalistas” (Osorio, 1979: 140). Aquí el discurso se transforma en mercantil, pues establece coherencia con la formación capitalista que conlleva el carácter comercial; observando el signo “sueldo”, se advierte que connota compra, es decir, compra de conciencias, en este caso a sociólogos.

Refuta a quienes legitimaban desde la academia que los de abajo eran hombres “con tendencias de regresión bestial”, indicando que la degradación del pueblo se fundaba en “la injusticia social, el abandono, la orfandad, la ignorancia,” (p.140). La tesis de Gaitán, se inscribe en el discurso científico, el cual apunta a descubrir que las causas que producen la degradación de los marginales no se deriva de factor intrínseco connatural sino de políticas deterministas de exclusión social implementadas por clases desde el poder político.

En resumen, en Gaitán, con base en los discursos político, social, socialista, mercantil, científico, basado en ideología marxista, establece sincretismo con el contexto del texto, involucrando elementos liberales. Presenta la visión marxista del Estado, del trabajo como generador de riqueza y de las clases. En paralelo, un narrador extradiegético, se expresa mediante el discurso socialista.

2.8. Conferencia Panamericana

En el contexto de esta reunión se identifica “una estructura social fundada... sobre la explotación del hombre por el capital” (Osorio, 1979: 223), se instala aquí el discurso socialista, a través de la voz extradiegética; el término “hombre” se intercambia por obrero para contextualizarlo, mientras “explotación” y “capital” hacen correspondencia con la formación social capitalista. En estas condiciones, “el pueblo no tenía pan” y la seguridad se imponía con “el engaño, la matanza y la arbitrariedad, imperantes desde tiempo atrás” y a las reclamaciones de los trabajadores, “cualquier protesta...los colocaría automáticamente en las clasificaciones de la delincuencia o el comunismo,” (pp.222-223).

Así, por medio del discurso político, se indica situación político-social extrema de la organización capitalista contra el pueblo, en particular los obreros: hambre, persecución y muerte; el rótulo de comunista se correlaciona con la delincuencia, que connota regresión o degradado, para justificar la represión y eliminación, incluso el magnicidio, si se advierte que en las capas bajas de la población, identificaban el pensamiento de Gaitán con el comunismo.

En dicha Conferencia “se disputarían proposiciones que afectarían la esencia de la república y comprometerían su porvenir,” (p.222), y además en la “asamblea internacional, donde se forjarían complejas combinaciones capitalistas, precisamente en nombre del pueblo a quien se trataba de eliminar” (p.221); En la voz extradiegética, del discurso político, se revela las circunstancias políticas y económicas a que sería abocado el futuro del país en detrimento de la autonomía, por condicionamientos transnacionales.

En consecuencia, continuando el discurso político, en este contexto, “El gobierno...había proclamado desde el ministerio de Hacienda, que sólo representaba los altos intereses económicos y su función de exprimir al consumidor,” (p.222), es decir, afectando a los pobres, a los trabajadores en sus precarios ingresos.

El líder fue asesinado, crimen ambientado por “el capitalismo en connivencia con la alta política” (p.225), que justificaban “con la imprescindible necesidad de mantener a todo trance “su” orden y “su” libertad.” (Osorio, 1979: 225). La relación economía y política, “capitalismo” y “alta política”, remite al discurso socialista, en la voz extradigética, que revela antagonismos políticos de clase. Así, el magnicidio se presenta derivado del sistema capitalista por influencia transnacional.

En los discursos, socialista y político se observa, en consecuencia, antagonismos extremos de clase; intereses capitalistas transnacionales, que intentan imponer condicionamientos a la república, mediante el magnicidio y la matanza de sectores marginales y trabajadores que identificaban con la delincuencia, símil de comunismo.

2.9. La masa y la historia

En consideración que la novela de Osorio incluye la historia como objeto, vale indicar al respecto de Ricoeur, quien señala que desde la “representación historiadora” se establece vínculo con la literatura; según él, se plantea que la relación que se establece entre el criterio científico y el literario permite que “la historia muestra su pertenencia al dominio de la literatura.”, es decir, que se puede hablar de “representación literaria” con base en “la agregación de los signos de literariedad a los criterios de científicidad” (Ricoeur, 2004: 307).

Según este principio, mediante el discurso de la historia que se inscribe en el de la ciencia, se advierte la aplicación en la novela de Osorio de este aspecto; en este sentido los referentes históricos que señala, como los acontecimientos explosivos ejemplares de las masas, corresponden a consideraciones científicas, porque se instalan en la dinámica de la

dualidad causa-efecto que inciden en el desarrollo de la sociedad; así, las masas, el efecto, adquieren poderoso valor, de transformador social, que sustenta en la Revolución Francesa, materializada por “La chusma que en 1789 se apoderó de la Bastilla y poco después de Versalles y que en 1792 asaltó las cárceles de París y degolló a los prisioneros izando como trofeo la cabeza de la princesa de Lamballe,” (Osorio. 1979: 108), y también la realizada por el “El populacho enfurecido que aprisionó e insultó a los virreyes y a los oidores el 20 de julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá” (p.108).

En consecuencia, “Esa mezcla turbia de residuos sociales, de detritos, de prófugos de la justicia, de obreros sin trabajo, de miserables, de perseguidos, de hampones... es la autora material de los grandes hechos del progreso humano,” (p.109). Configuran el lumpenproletario, definido como “producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas” (Marx, Engels, 1971:46). Se plantea formulación aquí sobre el desarrollo de la sociedad, que adquiere la connotación de ley, a partir de la acción de “Esa mezcla turbia de residuos sociales” (Osorio, 1979: 109); en este sentido se observa el discurso sociológico que involucra la ciencia.

Respecto a este colectivo, “La esencia de sus vidas está signada por el caudal de un odio deliberado o inconsciente, que cubre todo lo que les es ajeno y hostil, todo lo que les está vedado y les es inalcanzable.” (p.107); luego “La substancia íntima de esa energía es el odio contra todo, incluso contra sí misma.” (p.108). En este texto, se advierte el discurso de una psicología de masas, manifiesto en las emociones, en particular el odio que no se sustrae del sujeto que la contiene. En consecuencia, “La chusma se atreve a todo porque procede irrazonablemente,” (p.109).

“Entonces, dominada, agobiada bajo la fatiga, esta fuerza puede ser puesta al servicio de una ambición específica, individual o múltiple.” (p.108). De esta instancia semiótica se traduce un discurso socio-político, que ubica a esta fuerza informal en situación de desventaja social frente a otras fuerzas, cuando el desarrollo de la insurrección entra en la etapa declinante y la embarga el agotamiento.

“Pero en su expansión masiva y espontánea, es sólo el ímpetu ciego de las conflagraciones el que empuja, el que demuele, el que obra. El desbordamiento del populacho...no actúa con un objetivo preciso” (p.108). Del discurso sociológico, se presenta un análisis sobre las características de las masas en momentos insurreccionales carente de conciencia, pues la impele “el ímpetu ciego”. Esta condición deja entrever la propensión a manifestaciones anárquicas; la carencia de guía del populacho lo induce a la acción espontánea.

Otro aspecto a señalar aquí está relacionado con el discurso de la historia. Se toman unos referentes históricos que son utilizados como acontecimientos ejemplares que ratifican los levantamientos sociales como movimientos cíclicos e inexorables de la historia.

De estos ejemplos se toman hechos históricos de trascendencia; además de las referencias aludidas anteriormente sobre la Revolución Francesa que marca un hito en la historia universal y la que insurgió el 20 de Julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá como preludeo de emancipación contra el colonialismo español, se indican: el levantamiento que se dio en España contra José Bonaparte, que “sin caudillos ni jefes, produjo los guerrilleros que restauraron la libertad de España, y fue su cólera la que socavó el inmenso poder de Napoleón.” (Osorio, 1979: 108), y también, la que señala a la que fue la base para que las Sociedades Democráticas, a mediados del siglo XIX, implantaran “la libertad de los esclavos y lograran la primera conquista popular de la independencia.”.

En resumen, en el conjunto expuesto se entrecruzan los discursos histórico y sociológico que vinculan la ciencia, lo social y lo político. La historia es el venero de los ejemplos para la posteridad, ahí están inscritas las experiencias que eternizan destellos luminosos prestos para la depuración liberadora de la humanidad cuando bien lo necesita, acompañada de fuerte carga emocional vindicativa en las masas, en el intento por imponer un nuevo escenario de progreso.

2.10. Babel y la confusión de los lenguajes ideológicos

El Alacrán, quien nunca supo cómo se llamaba ni de dónde procedía, “se detuvo un instante a contemplar aquel maravilloso siniestro, donde se hundía todo su pretérito anónimo, la vil trayectoria de la incansable persecución que la sociedad había emprendido contra su vida azarosa.” (Osorio, 1979:230)

De la Babel de una sociedad nueva que se pretendía construir, mediante el acto revolucionario de masas, lo manifiesto en el texto anterior, es revelador para el marginal de la urbe, que advierte destellos de cambio. Un puntal de la estructura social dominante con influencia capitalista transnacional, el sistema de justicia, que había convertido la ciudad en escenario carcelario e imponía la degradación y la segregación social y racial, que sembró el terror y causó el exterminio a los miserables hasta el evento panamericano, es destruido por el fuego que consume los expedientes y archivos, mientras la policía se suma a la conflagración entregando las armas al pueblo, revelando así, la profunda crisis de dicho Estado.

En este sentido, la revolución convertida en hecho, de ser necesidad pasa a develar la senda de la libertad. La pira en que se consumía el palacio de justicia se anuncia como acto de liberación en el Alacrán, personaje marginal que transitaba los linderos de la delincuencia, pero con significado contrario para Tránsito, la mujer campesina, que muere en el evento, en medio del desenlace fratricida; en consecuencia, se advierte la luz de futuro para el hombre marginal de la ciudad, mas no para la mujer del campo.

Víctima de la trata, por la pervivencia de las relaciones sociales de esclavitud, entre el campo y la ciudad, que involucra a su familia con sectores bajos ciudadanos, y a pesar de la práctica de su vocación cristiana para sostenerse así, no salvaron a Tránsito de la degradación y exclusión social, acentuados por los rasgos indígenas, que la sociedad y poderes establecidos, discriminan por consideración natural. Las calles le fueron convertidas en celdas de reclusión donde no existía posibilidad de reivindicación social o

retorno al campo, y los argumentos de su inocencia eran trastocados por los de la condena. La revolución no la integró y preparó en el proceso, sino que la consumió en la explosión.

La muerte de Tránsito en el entorno fratricida en el que los marginales afrontaban el levantamiento, refrenda el concepto de confusión, como nebulosa imperante en sus mentes; este concepto amplía el estético de anomia, en el que la subjetividad del sujeto, no sólo enfrenta la urbe sin conciencia de ella, sino que esta se refuerza en los lenguajes ideológicos diversos e indescifrables, que interactuaban echando humo al ambiente.

Olmos, mediado por el discurso histórico y político, es pregonero de las ideas del cambio, y transformador de hecho, materializa la revolución como réplica de la Revolución Francesa, en parte, por la participación directa en la destrucción de los archivos y expedientes que legitimaban la existencia de la marginalidad; difunde el ideario gaitanista de la dignidad, justicia y trabajo en el seno de los sectores bajos como proceso cultural de preparación al evento liberador, pero lo trasciende, al desbordar los límites de la legitimidad que pretendía imponer el líder al estallido revolucionario. Olmos es conciencia y práctica de la revolución, se inscribe en la corriente histórica que transforma la sociedad.

Se había fracturado y destruido el Estado fascista, tanto en la memoria jurídica que contenía la ignominia social como el ente policial con el fuego de la revolución; sin embargo, para construir la Babel que alcanzara el poder de la nueva sociedad, esto no era suficiente; porque los lenguajes ideológicos intervenían como mezcla indescifrable que acentuaba la confusión y dispersión caótica que reinaba, atizada aún más por el alcohol.

El líder, portador del discurso socialista, quien se ubicaba en la distancia, se le atribuía, de una parte, relación con el comunismo que se asimilaba a delincuencia o nexo oligárquico, mientras de otro, era divisionista liberal conexas con los godos, a lo cual se agrega, que instalaba límites al proceso revolucionario, que núcleos marginales subvertían fomentando la réplica de la Revolución Francesa; Gaitán estaba al margen de la historia y esta negación era el humo que echaba sombras a la lumbre de sus ideas. También, los tentáculos de los

grupos de poder, extienden la confusión dividiendo a los de abajo; así, el obrero anónimo en quien Tránsito tenía la esperanza suprema, perece en la disputa sectaria con sus congéneres.

Tanto el empleado arribista como el reducto denominado comunista, se hayan al margen del evento liberador; porque son extensión de los sectores dominantes oligárquicos. La familia campesina se descompone estableciendo fractura entre el campo y la ciudad.

En el interdiscurso la ciencia interviene a través de los antagonismos, en los referentes histórico y sociológico, manifiestos entre las fuerzas antagónicas de la representación. El sello de la defensa de la ciencia se sustenta en la idea básica de que para la sociedad y por ende para la historia, se producen transformaciones revolucionarias que generan progreso, tal como la experiencia histórica lo revela en la Revolución Francesa, contrario a los mercaderes asentados en el poder, compradores de conciencias que anulan la base objetiva de las formulaciones científicas sociales para justificar que las relaciones dominantes de amo-esclavo son eternas por consideración natural.

La literatura, tal como la ciencia, a través de la historia, se instala como faro que advierte no faltar a la historia, no estar al margen de ella cuando de los intereses de las masas marginales, excluidas y explotadas se trata; lo mismo pasa para quienes conciben que las relaciones sociales de dominación son eternas, del modo amo-esclavos, pues el fuego de la revolución también los alcanzará, es ley del desarrollo de la sociedad.

El día del odio, vorágine de la marginalidad

El torbellino destructor de la marginalidad imbuido de rencor y desatado contra las fuerzas que la estrangulan socialmente y la sujetan dentro del escenario reclusorio en que han convertido la urbe, más que un acontecimiento liberador, se constituye para la masa acéfala en el caos, atizado por la ebriedad, en el que la visión se oscurece y la mano fratricida deja mortal impronta en los personajes, en particular la mujer campesina, que tipifican las capas sociales bajas develadas en la novela *El día del odio*, objeto del presente ensayo.

En consideración de que en *El día del odio*, el campesinado, encarnado por una mujer vinculada a la ciudad, el núcleo obrero y la clase media baja, no reunían condiciones sociales y políticas, favorables, para acceder a través del levantamiento popular, a un estadio de sociedad digna y de trabajo, sin discriminación, se plantea como propósito en el presente trabajo, descifrar las razones que indican por qué la convergencia de los núcleos populares, en el evento señalado, confluyó hacia el fracaso, cuál es la sugerencia político-social planteada en este sentido.

De manera panorámica, el universo social representado por Osorio en la novela, configura el fenómeno social de la marginalidad en el ámbito citadino, referido como efecto causado por la “sociedad”, que potencializa en el alma de los miserables el odio, que se va acumulando en cada uno de estos seres, hasta desencadenar la tormenta social que se manifiesta de manera violenta e ineludible en una revuelta, detonada por el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán.

Esta marginalidad se singulariza en una joven mujer, Tránsito, procedente del campo, que al ser expulsada del trabajo que realizaba de servicio doméstico por falsa acusación de robo, queda abandonada y a merced de la ciudad, la cual se convierte en un escenario de sufrimientos y humillaciones sin par, que la hace víctima de la violencia oficial y la violencia intrínseca del núcleo marginal que también recibe del Alacrán, con quien se

involucró en la acción popular, violenta y caótica, donde finalmente perece por una de tantas balas perdidas.

Haciendo convergencia con la situación de Tránsito, se representan las circunstancias del núcleo obrero, de la clase media y de los líderes Gaitán y Olmos, en tanto éstos constituyen la esperanza, la redención social; esto de una parte, de otra, en contraste, se representa el Estado y la “Sociedad”, este como otro subconjunto social. También se representa la masa, que se observa en una extensa capa social degradada y acosada, que conforma el subconjunto social de la marginalidad, inmersa en la miseria y alimentada por el fuego de la voz de Gaitán que, poco a poco, había ido acumulando en su corazón un odio profundo contra la clase oligárquica; se hará en relación, además, con las circunstancias que incluye el fenómeno de la violencia.

La figura ficcional comporta una ideología, que se evidencia por medio del discurso y entraña una visión o concepción del mundo y manifiesta, además, la conexión con los conflictos del entorno social. Respecto a la ideología, Lukács expresa que: “La ideología es una vivencia profunda personal del individuo singular, una expresión eminentemente característica de su ser interior, y refleja al propio tiempo, de modo significativo, los problemas generales de la época.” (Lukács, 1966: 127). La significación y la importancia del sujeto representado se manifiesta en la riqueza de sus relaciones sociales. La medida se da en qué tan cerca o distanciado esté de ese vínculo social, cuál es la dimensión de la incidencia que ejerce socialmente.

El desarrollo del personaje central de la novela, de Tránsito, se realiza en dos momentos: el primero, corresponde a la relación con el campo, con la familia, y el vínculo inicial que establece con la ciudad, con el servicio doméstico hasta el instante en que es expulsada de la casa donde trabajó; el segundo momento, aborda la existencia de ella en el espacio ciudadano de la marginalidad hasta su muerte, en medio de la revuelta.

Iniciando este primer momento, respecto al vínculo con la familia, ¿Cuál era la visión del campesino respecto a sus hijos, particularmente en relación con las hijas? Con ellas se

establecía o fundaba la relación con la ciudad, suscitado en el interés económico; en ellos estaba cifrada la esperanza de solución o de atenuante de los problemas que acometían contra el agro, particularmente, en este caso, por la influencia calamitosa de la naturaleza sobre el campo. Esto se observa en la intención de los padres hacia Tránsito, cuando su madre la llevó a la ciudad para emplearla en labores domésticas porque: “No sólo dejaría de ser gravosa para su familia, de labriegos humildes, sino que ayudaría con su salario a reparar las pérdidas que las heladas o el verano causaban en la pequeña sementera de dos hectáreas.” (Osorio, 1979: 9).

Se advierte aquí, de una parte, la presencia de un código social aplicado al entorno del campo que manifiesta una característica cultural, y de otra, el estado de orfandad de los campesinos por el Estado. También podría decirse aquí que Tránsito por ser mujer habría de “pagar” con su trabajo el hecho de no haber sido hombre por cuanto en el contexto objeto de análisis ser mujer representada más una carga para la familia campesina. El hombre en cambio era considerado por la familia campesina como la fuerza de trabajo que necesitaba el campesino para fortalecer su producción, al tiempo que se legitimaba la forma patriarcal.

La familia campesina funda sus relaciones internas sobre el interés económico de sus miembros, relaciones que se tornan de dependencia de padres hacia los hijos, pero no dependiendo de la bondad y gratitud de sus descendientes, sino bajo la imposición cruel del castigo y violencia proveniente de los padres, porque si el trabajo no era realizado con ritmo sostenido: “la severidad materna sabía mostrarse intransigente con los descuidados y el látigo y el palo estaban listos para caer sobre sus costillas.” (Osorio, 1979: 10). La ausencia del Estado, en tanto entraña función social, se infiere, por cuanto todo le sucede a Tránsito, contra su integridad y dignidad, a una adolescente campesina, sin que se presente alguna consideración, ni siquiera socialmente.

La vida que se proyectaba para Tránsito en la ciudad estaba sujeta al azar y por ende a la aventura; era, podría decirse, abandonada ahí por su madre, a merced y puesta a disposición

de las fuerzas sociales que se hallaban desatadas, prontas a hacer festín con sus “víctimas”. De esto, se observa una característica esencial que refleja el alma del campo que se revela en la alusión siguiente, cuando la madre coloca a Tránsito como si ofreciera una mercancía, junto a los demás productos en venta.

Se advierte en esto dos aspectos: uno corresponde al fenómeno deshumanizante del campesinado al conferirle el carácter de cosa a la hija, pues mercancía es símil de cosa negociable; así, la cosificación que degrada, refleja la visión que posee el campesino frente a sus descendientes, revelando en esto una forma de esclavitud, que se configura no en la venta sino en el arrendamiento, en este caso de Tránsito; esta esencia se refrenda cuando Regina hace como una especie de “transacción” con su hija Tránsito al “entregarla como un depósito” (p.11).

El otro aspecto, refiere a una manifestación de carácter social, que se observa en la indiferencia de la clientela; esto marca la visión social que se establece entre campo y ciudad; en esta se advierte el nulo interés social de los ciudadanos por los del agro, rasgo que marca otro aspecto de la orfandad de la clase campesina, que se agrega al ejercido por el Estado; sin embargo, la indiferencia se echa a un lado sólo para dar paso al interés del ciudadano medio en sus pretensiones de sostener su falsa imagen social.

La relación entre Tránsito y la clase media configura la situación en la que el campo provee no sólo con productos la ciudad sino que también lo hace con las manos que servirán en quehaceres subordinantes, entre los que están los domésticos. Un sector social que hace usufructo de esta circunstancia es la supuesta clase media, que más por necesidad acude por la mera superficialidad de aparentar una situación que encubre las miserias que la agobian. Esto se dice de Alicia, quien se hizo a los servicios de Tránsito, y era la esposa de un empleado: “experimentaba la inquietud de simulaciones que afecta a la clase media y que la obliga a encerrar en lo recóndito su miseria y sus quebrantos.” (Osorio, 1979: 11).

Se advierte en lo referido cómo se correlacionan estas dos clases: ambas hacen usufructo de la misma persona, de Tránsito; la madre, quien la utiliza como medio para finalidad pecuniaria; la citadina, que la convierte en elemento para refrendar una falsa postura social de dominación. Tránsito es el objeto interpolado entre estas dos clases, ambas abatidas por la crisis económica. Ella acarrea, sobre su humanidad, la quiebra de las dos clases aludidas, constituye el elemento sobre la cual proyectan soportar su existencia.

La categorización de empleado se instala en el marco de una clase social inconsistente sin concreción alguna, porque “jamás aprendieron oficio alguno” (p.11). Por esta razón es que quizá le confiere “denominación de nebulosa” (p.11). De esto podría conjeturarse la existencia de un sector social, en el marco económico trabajador, pero, imbuido por la ideología de clase media, que apunta al ascenso arribista.

En un aparte se revela la situación cíclica en la vida familiar de la mujer del campo que refleja un rasgo social, es la transferencia mecánica, de la ocupación de servir, de la madre a la hija; esto se indica en la alusión que se hace sobre la eventual relación que hubo, donde se engendró a Tránsito, cuando “quince años antes, estuvo a su vez en condición de servir,” (p.12).

En el alma de Tránsito se pone en evidencia el carácter hacia la entrega, el afán de servicio, a pesar de los desafueros y recriminaciones que había de soportar; así: “terminó por entregarse sin restricciones, como si en el fondo de su esencia reposara la dulce fidelidad de un perro,” (Osorio, 1979: 12).

Se podría manifestar, sin equívoco alguno, que Tránsito era la configuración de dos fenómenos, por una parte, el sufrimiento cristiano en la cruz, con la singularidad que se hace manifiesto en una mujer, y por otra, la fiel muestra de la mujer abnegada de la época, pues cada acción suya correspondía a redimir al prójimo, así éste descargase sobre ella las mayores humillaciones, estaba dispuesta para el vituperio.

La esencia ideológica de este comportamiento se observa en dos aspectos: un signo que apunta en este sentido y revela esta postura social en Tránsito corresponde a un elemento de índole religiosa, es “una cadenita de plata, con un medalloncito místico” (p.13), que incluso empeñó para responder por necesidades que no eran las suyas. Otro signo, que sugiere el vínculo de la ideología, estriba en el recuerdo que tuvo cuando fue lanzada a la calle por su patrona: “se acordó que antes de colocarse vino una vez con su mamá y otros campesinos para pagarle una promesa al Señor de Monserrate” (Osorio, 1979: 22). Esto remite al contexto en el cual la religión católica, era expresión de poder y dominio cultural.

En cuanto a la actitud de servicio y abnegación de Tránsito se reafirma luego en la rebelión que adopta respecto a su madre quien la quería llevar a otro lugar por considerar que allí le incumplían los compromisos pecuniarios; aquella servidumbre se había convertido en la razón de su existencia y se resistió al propósito de la madre de separarla de su sitio de trabajo y de vida, y quizá de realización.

Analizar la rebeldía de Tránsito respecto a la madre, con la cual rompe la relación, es quizá la significación de la ruptura con el cordón umbilical del campo, de la familia, en aras de la realización, quizá de un pretendido ideal cristiano; aunque de manera paradójica se revela, que el carácter no es totalmente sumiso, pues hay determinación para dedicarse con sacrificio por otros.

En la concepción de Alicia respecto a la categoría de los más altos, este era la visión que ella tenía frente a la señora Enriqueta, que se refleja en una parte del doble carácter de Alicia, pues, era “altiva y desconfiada con los humildes y sumisa ante los altos:” por el hecho de “que dan empleos y tienen casas para arrendar” (Osorio, 1979: 16); de esta forma el factor económico relativo de la clase media se establece como razón de poder que incide sobre otros núcleos sociales bajos.

La degradación material de la familia Albornoz, don Pedro, Alicia e hijos, ocasionada por el encarecimiento de las condiciones de vida, los obligó a replegar su existencia al

constreñido marco del hacinamiento de un inquilinato compartido con la dueña, y al cual redujeron también a la sacrificada Tránsito, acrecentando no sólo sus labores sino la de hacerla víctima de una trampa por la dueña de la casa, la señora Enriqueta, quien la denunció ante Alicia, de manera sugerida, de haberle robado “una cadenita de plata con una medalla,” (p.15), paradójicamente, en circunstancias irónicas, “como la que empeñó y perdió Tránsito para servir a sus señores,” (p.15).

La situación se traduce en máximo dolor para Tránsito, por el asunto de la cadenita supuestamente perdida de la señora Enriqueta, que le fue injustamente imputada a ella, pues, además de las habituales humillaciones, nunca le hicieron reconocimiento a su entrega; de contera, Alicia acude a la violencia, luego, al advertir que Tránsito se resistía a abandonar la casa, le “levantó una mano y le cruzó el pobre rostro afligido.” (p.18), y después, la lanza a la calle sin compasión alguna.

La imagen que se revela, en la situación aludida en la que hacen conjunción las “cadenitas”, muestra la doble cara de la medalla, ambas símbolos de religiosidad, que manifiestan relación paradójica: una, la que empeña Tránsito, es la del alma noble, solidaria, que se desprende de lo material, de lo poco que posee, para conceder beneficio al prójimo, en esta cadenita hay reflejo auténtico de actitud de esencia religiosa, pero también de servicio; la otra, la de Enriqueta, la dueña del inquilinato, es la de la infamia, que entraña accionar hipócrita, propio de esta clase social media baja, simuladora; es la del oprobio, con la que se condena a Tránsito a otro espacio social, a la calle abierta de la incertidumbre y la marginalidad. De esta relación entre Tránsito y la clase media baja, emerge el carácter antagónico respecto a la mujer del campo que se cristaliza en su marginalidad dentro de la misma ciudad.

De lo anterior, se va elaborando la sugerencia de que la ciudad simboliza el escenario del sufrimiento, del sometimiento, de manera especial para la mujer y de poder y dominio para el hombre, como lo indica al aludir en quién recaía la responsabilidad de lo que le había sucedido a Tránsito la primera noche abandonada en la calle; esto dice: “como si todos los

hombres y todas las cosas se hubieran coligado contra su dolor.” (p.32). Se refleja en esto el fenómeno cultural del cual se deduce la subvaloración de la mujer, sumisa y sometida, pero a la vez, reproductora y soporte del mismo fenómeno, tal como Regina, la madre de Tránsito, de forma esclavista, lo pone en evidencia al ofrecer a su hija como especie de mercancía.

De fondo, se advierte la situación económica de encarecimiento acelerado de los bienes necesarios para la existencia que tiene incidencia material en el empobrecimiento y desmejoramiento de las condiciones de vida como se observa en el hacinamiento a que son obligada la familia Albornoz, junto a Tránsito, porque los recursos que adquieren, a través de don Pedro quien es el sostén, se reducen, lo cual no les permite vivir con relativa independencia. De esto, se infiere que existe, detrás de todo, un poder representado en un Estado que oficia como benefactor de poderosos y exclusivos intereses, de una parte, y de otra, agobia con estas medidas económicas a los que se ubican en los niveles bajos de la escala social, en la cual se halla inmersa también la clase media, o mejor dicho, la falsa clase porque tal como aparece representada, corresponde a un sector trabajador que es el empleado pero que es codificado socialmente como un estatus medio.

Se registra la emigración del campo a la ciudad, ocasionada por la ruina del agro, pero no totalmente sino establecida como eslabón que proveería recursos, que en este caso lo representa Tránsito, que se instala como la mediadora para ello. El campesinado no halla la solución a su problema, pues no se da la retroalimentación, pues se da ruptura del lazo comunicativo entre ciudad y campo.

En primera instancia, del segundo momento, Tránsito se ubica en directa relación con los organismos de seguridad del Estado; es objeto de violencia y se le aboca al registro de prostituta; la ciudad se va configurando en un escenario cerrado, símil de un espacio carcelario. Se inicia con la preocupación de Tránsito, después de haber sido echada a la calle, por el afecto roto, no por el maltrato a que había sido sometida, “Era la fractura de sus afectos, que ya no tendrían objeto a quién dirigirse,” (p.22). Sin embargo, abandonada a

la ciudad, pensaba en una instancia protectora, inicialmente rendía crédito al organismo policial, al que concebía como un ente confiable: “pesaba sobre ella el inmenso poder de la policía. La policía era la fuerza, la defensa, algo grande e indescriptible...confiaba en el policía y esperaba de ese poder protector la solución de su problema.” (Osorio, 1979:24).

Luego vino el papel de la “justicia” a través del juzgado nocturno de la Permanencia que prosiguió en la cadena de injusticias cometidas contra la joven, con imputaciones inventadas por el agente de ratería y borrachera.

El viacrucis nocturno de Tránsito no halló lugar para el reposo de su cuerpo violado, pues en los hoteluchos no le era permitido pernoctar; en su deambular se fue encontrando en medio de un escenario habitado por personajes del bajo mundo que registra esta parte de la ciudad:

Mujeres a la caza afanosa de un hombre que les pagara cincuenta centavos para comer algo al día siguiente. Rateros en la doble búsqueda de una mujer cualquiera y de un refugio donde ocultar su última fechoría. Cargueros ebrios de chicha, que salían furtivamente de los expendios semiclandestinos. Un mundo de miseria, de horror, un centro de los despojos de la ciudad, impasible para esa desazón acumulada, para esa desolación desamparada. (Osorio, 1979:27).

El gobierno, sin cara y sin nombre, por medio del instrumento policial, se ha ensañado en torno de la vida de Tránsito, sometiéndola a un círculo cerrado e inflexible del cual no volverá a salir. Es un ciclo que se cumple inexorablemente para cada una de las mujeres que han procedido de igual forma que ella. Antes de Tránsito, hay una cadena establecida de mujeres que han sido abocadas al mismo destino, casi en las mismas circunstancias; después de haber sido registrada con el fichaje de “nochera” o “ratera” y de imponerle el compromiso sanitario que las rotula para siempre dentro del ámbito de la prostitución; para ellas no hay retorno posible. Esto se advierte, cuando Tránsito regresa donde trabajaba y es rechazada, pues se confirma, por la familia Albornoz, que está registrada para la presentación periódica sanitaria; esto dice don Pedro quien percibe el supuesto riesgo que implicaría tenerla en casa: “-Esta mujer no puede estar aquí ni un minuto, Alicia. Esta

registrada en el dispensario de mujeres públicas. Quién sabe qué enfermedad puede traerles a los niños.” (Osorio, 1979:44).

En las palabras de La Cachetada, una especie de veterana de esas vicisitudes, se revela el destino para Tránsito, el mismo que ella y demás soportan como una carga ineludible; esto le dice a la joven Tránsito:

-¿No te dije? ¿Te registraron? ¿Te tomaron los datos? ¡Güeno, estás lista! ¡Se acabó tu vida! Ora tendrás encima a la policía, ora no sos sin una nochera y una ratera. Cuando tengás un chirito nuevo, te lo quitan, porque dicen que es robao. Cuando pasés por una calle, cualquier chapa te lleva a la cana, porque creen que andás buscando hombres, aunque te den asco. Cuando tengás hambre se reirán de vos. Cuando tés enjerma, no te recibirán ni en el hospital. ¡No sos sin una nochera! (Osorio, 1979: 41).

Se advierte que existe en el imaginario, o en la visión de las clases que detentan el poder del Estado o que son beneficiarios de este, que lo “dañado” o degradado, desde su óptica, no tenía posibilidad de correctivo, de regeneración social, estaba dañado para siempre; según esto, para ellos las personas no cambian, son inmutables, en particular las campesinas deshumanizadas por ellos mismos, simplemente hay que ejercer sobre ellas el estricto control y someterlas. Un instrumento de este proceso que degenera a éstas, recaía en el cuerpo policial, convertidos en perros de caza.

La ciudad se ha convertido para Tránsito en un escenario carcelario porque ya no será posible esta aspiración de siquiera volver al campo al lado de su madre; un intento que hizo fue impedido por un policía, con base en el dictamen preventivo de que una que haya sido registrada es foco de contaminación que no se le debe permitir el desplazamiento a ningún lugar diferente a la ciudad. Así, se condena de por vida a estas mujeres, a supervivir en la ciudad como si lo hiciesen dentro de una cárcel, bajo el acoso y el ojo vigilante de los policías apostados por doquier en el ámbito citadino. Esta observación condenatoria es citada así: “No podría librarse jamás. Mil manos se extendían sobre su miserable vida. Todos sus movimientos eran vigilados, porque se consideraban sospechosos.” (Osorio, 1979: 55).

Así, para ella no existe opción de reivindicación social; el deseo de continuar trabajando en las labores domésticas, como lo había hecho desde que llegó a la ciudad, es un anhelo sin esperanza, pues la condena policial se extendía también hasta el extremo de impedir el derecho al trabajo; andaban vigilantes para denunciar cuando una, que había sido registrada, se hallaba empleada, ejerciendo en el servicio doméstico; esto es lo que se indica al respecto: “La policía había prevenido mucho a las dueñas de casa contra esas sirvientas que van ofreciéndose así...” (Osorio, 1979: 47). La norma también se hacía extensiva para los lugares de alojamiento donde una joven sola no podía ser admitida para pasar la noche, so pena de endilgarle multa a los responsables del hospedaje.

De esta forma, el Estado, a través del organismo policial, simboliza la bestia, engendro de la violencia contra los sectores marginales, en particular sobre la mujer campesina en quien recae la violación y el cobarde golpe; también, se configura la imagen del carcelero que vigila la ciudad como si fuese un reclusorio, donde el control a las registradas les impide a éstas la reivindicación y controla, además, el regreso al hogar del campo. En consecuencia, no hay retorno para nada, las condiciones juegan a favor del proceso inexorable de la degradación, es el sendero hacia el abismo, al vacío.

En la segunda instancia, se establece relación con este submundo, con los entes sociales que por este circulan. La representación de la ciudad plantea un lugar escindido, donde una parte crece en contraste con la otra que se hunde; se revela en la imagen que divide el espacio urbano en dos lugares opuestos donde el primero pareciera que se estuviese devorando al segundo, al mismo donde se confinaba la vida de Tránsito; la ciudad es configurada en esta tendencia, así dice:

La ciudad va alzando su nivel insensiblemente y las pobres casas que nacieron desmembradas y débiles se van hundiendo en la tierra, hasta que la acera llega al nivel de las techumbres. Están condenadas a una vida subterránea, furtiva y mísera, hasta que un día desaparecen para siempre como si se convirtieran en el sepulcro de sus habitantes. (Osorio, 1979: 56)

Esta es una parte de la sociedad representada en la novela, es la otra ciudad, la subterránea, en donde se hallan las guaridas y lugares de ocultamiento para evadir la persecución policial, hay aquí una simbolización que se establece en la comparación entre dos ciudades, una que no tiene ninguna sensibilidad por lo que sucede, otra que se va hundiendo desde el punto de vista urbanístico, es como si se la fuese tragando la tierra o es desplazada por la otra ciudad que crece de manera organizada y arquitectónica, es de por sí un sepulcro, pues la vida se halla muerta espiritualmente.

En este ámbito del bajo mundo sobresalen, en especial, unos lugares de reunión, eran las chicherías, donde confluían trabajadores, lo cual indica el vínculo de esta clase con la arraigada práctica, semiclandestina, del consumo de chicha. En esto se refleja la actitud de oposición a la legalidad de estos obreros, un sentido de resistencia a las normas prohibitivas del régimen. Sin embargo, la característica esencial de estos lugares era de carácter social, pues allí era: “donde el impulso sociable del bajo pueblo de Bogotá encontraba oportunidad de expresarse y ante ellas se reunían los obreros al salir del trabajo.” (Osorio, 1979: 49).

Esto remite a la potencialidad política que entrañan estos lugares. Este lugar de concurrencia de los obreros los instalaba, de paso, en las cercanías con las marginadas del campo que habían sido condenadas a errar por la cerrada ciudad, esto se advierte cuando Tránsito y su compañera, La Cachetada, pasaron delante de una chichería, “Los obreros, cubiertos con sus ruanas, que bloqueaban la puerta de la chichería, trataron de detenerlas.” (p.51), pero la Cachetada los repelió.

En el código social de esta zona de los miserables, se instala un deslinde que separaba a las “Señoritas” de las “nocheras” que erraban por la ciudad a la caza del sustento; el carácter de señorita se confería a las empleadas del servicio, esto le responde La Cachetada a Tránsito: “Señoritas son las que tiene con qué tragar, las impliadas, las que no tán perseguidas como perras canchosas.” (Osorio, 1979: 52), aspecto que aumenta aún más la segregación grupal y determina de manera radical la discriminación social.

En síntesis, Tránsito es confinada a una parte “oscura” de la ciudad, un submundo que se hunde, como recibiendo una condena, donde se revelan fricciones con obreros y donde el código social la separaba de la categoría de señorita (empleada del servicio) a la cual había pertenecido, según la visión social de quienes eran rotuladas nocheras.

En la tercera instancia, una vez inmersa en la ciudad, como en jaula, Tránsito resiste los llamados del entorno de convertirse en prostituta, pero sucumbe. Este vínculo se presenta como manifestación reiterada de la forma de esclavitud, a manera de proxeneta, que realiza la señora Eduviges con Tránsito, la cual vende también por unas “monedas” a la señora Julia quien maneja un negocio de prostitución. Primero había sido vendida para el servicio doméstico, por su madre, luego, para la conversión en ramera por la señora Eduviges, a quien la administradora del prostíbulo le dice: “-¡No sia loca! ¿Veinte pesos, esa campesina? Le voy a dar diez, pero eso sí, la próxima vez me trae algo mejor.” (Osorio, 1979: 58)

En este ambiente donde es vendida contra su voluntad, Tránsito conoce otro caso de una de las mujeres que hacen vida en ese muladar; también procedía del campo, pero, a pesar de haber obtenido “un diploma de mecanógrafa” y de conquistar un empleo, tampoco logró escapar a las trampas que la ciudad le tendía a las mujeres del campo, es decir, que la condena a la marginalidad social no estaba sentenciada exclusivamente para las que atendían los oficios domésticos, sino también a las empleadas. De forma general se va estableciendo el deslinde social entre géneros, de una parte, están las mujeres del campo, y del otro bando se representa a los hombres de la ciudad. En el caso que se alude se presenta un responsable, que no es un policía, sino alguien de alta jerarquía, quien inicia la debacle en la vida de esta mujer que también fue lanzada a la calle hasta caer en el bajo nivel de la prostitución. El hombre que la lanzó hacia este abismo social era su jefe: “un abogado de alta posición política y social, gozó de su candidez y le pagó con promesas. Y cuando el vientre comenzó a redondearse, la echó a la calle.” (Osorio, 1979: 61).

En esto se refleja el vínculo que se establece entre la conducta moral, de clase, de los mandos altos de la política del Estado y los miembros de los mecanismos institucionales, como el de policía, por ejemplo. Se advierte en esto, que en la degradación física y moral de una sociedad, en su origen, están comprometidos quienes están encumbrados en las altas posiciones de la política.

Otra situación, en este medio, representa el primer acto de resistencia de Tránsito de caer en la prostitución a pesar de ya estar allí; no permitió ser la víctima que se postra a negociar con su cuerpo; por tal razón, huye del prostíbulo y se abandona de nuevo al rigor de las calles, las cuales adquieren para su visión la figuración de un lugar selvático, plagado de monstruos; esto se advierte aquí: “veía gentes al acecho de su paso, zarpas tendidas que se alargaban para desgarrar sus carnes, muecas horribles que se burlaban de su terror, como si se hubiese extraviado para siempre en una selva poblada de monstruos.” (Osorio, 1979: 67).

La imagen social que se ofrece en esta parte es, no solamente el de ausencia de solidaridad, sino que, de contera, el entorno social es una manifestación de burla complaciente con el terror padecido por la agraviada. Se presenta así, la imagen donde el alma popular se halla pervertida socialmente hacia sus congéneres. Así, Tránsito no recibe nada de esa solidaridad, devoción y entrega que apenas días atrás había ofrendado.

Tránsito había mantenido una posición irreducible a los cantos de sirena con el que este ambiente prostituido la seducía; pero, las insistentes sugerencias de la señora Eduviges, quien le argumenta de manera interrogativa, “¿Y luego no nacimos pa eso, pa que los hombres se le echen encima a uno?” (p.75), terminaron por hacer mella en su conciencia, pues fue ahí donde primero se incubó la idea de esta posibilidad, esto dice después de reflexionar al respecto: “-¡Qué caracho! -se dijo-. En último caso, una necesita no es nada, y me gano pal tiquete... Y de todas maneras, ¿luego los chapoles no me persiguen sin haber hecho nada y n’ués lo mismo qui haga?” (Osorio, 1979: 76).

Según esto, la determinación moral de Tránsito había claudicado ante unas condiciones materiales de la sociedad que no le ofrecía la opción para resocializar su vida, como si hubiese cometido algún acto que alterase todas las normas de la convivencia. Además, se reafirma en la expresión de la señora Eduviges el aspecto cultural de sometimiento, asumido por la mujer como asunto establecido sobre el que nada se puede hacer, es decir, se sugiere que es algo inevitable para la existencia de las mujeres, y por ende se traduce en ellas la visión de la normal sujeción al hombre; en ellas mismas se haya instalado, no sólo la aceptación sino la reproducción de este fenómeno cultural. Aquí también, se evidencia en ellas la visión de la relación inmutable de su sometimiento, como resultado de un proceso cíclico de la “educación” recibida de las generaciones progenitoras.

La materialización de la prostitución la realiza Tránsito, paradójicamente, con un obrero que la sacó de ese ambiente y pretendía convertirla en su compañera; la ausencia del Alacrán detenido por robo con quien convivía, la empujó a la situación que siempre había rehuido, donde: “Poco a poco el contacto de los clientes le era más tolerable y su resistencia se atenuaba, pero subsistía el fondo de repugnancia que la inundaba de nostalgia al pensar en su casa, en su dichosa fatiga por el esfuerzo agotador de las siembras o las cosechas” (Osorio, 1979: 168).

La idea del retorno al lugar de origen se instala con fuerza en la mente de Tránsito, así se lo hace saber al obrero que la rescató del prostíbulo: “-Too lo que yo quero es golverme pa mi casa”- (p.172), por lo que acordaron convivir transitoriamente; sin embargo, la relación se hizo más efímera de lo esperado, pues el obrero en una de la tardes de retorno al hogar se queda en una chichería donde es hecho víctima de la violencia política partidista, atizada por el consumo de la chicha, donde afloró, en medio de la discusión, la culpabilidad de Gaitán en la división de partido liberal, porque “les ta sirviendo a los godos” (p.184). Tránsito no supo el nombre de su compañero “en quien había depositado su esperanza suprema” (p.184). La violencia política la afectó indirectamente. Esta opción, que le hubiese permitido algún vínculo a un ámbito más amplio con la realidad cultural y política, no le fue posible a Tránsito.

Resumiendo esta parte, se plantea deslinde social de género entre la mujer del campo y el hombre de “sociedad” en la ciudad, ella es la víctima, el otro el victimario; así, la ciudad adquiere significación de dominio patriarcal y el campo la de subordinación o sometimiento que significa condena social, exclusión y por ende marginalidad; esto se reafirma en la empleada, víctima de este poder en la ciudad que también se hizo extensivo a ella; también, contribuye al imperio de este fenómeno cultural la misma mujer que lo admite y lo reproduce como la Señora Eduviges. Este submundo es simbolizado como la selva donde quienes lo deambulan semejan a los animales. Tránsito sucumbe en la prostitución, y luego, cuando el obrero que la sustrae de este medio convirtiéndose en su esperanza para el retorno al campo, es asesinado por la violencia partidista, se alejó para ella, no sólo la ilusión del regreso al campo sino también de un espacio cultural más amplio.

En la última instancia, surge otra persona en este escenario de miseria que se relaciona con Tránsito, el encuentro con el Alacrán, que contribuye a un mayor hundimiento moral de ella a medida que crece su relación con el entorno y sus actores; en este escenario el odio penetra en su alma. El ingreso a una de las chicherías se convierte luego en un estropicio mientras ella se hallaba cegada por el alcohol; a consecuencia de esto es detenida y llevada a la correccional, lo cual le adiciona otras faltas a su prontuario.

Derivado de esta situación Tránsito afloja definitivamente todas sus resistencias y clausura la idea de volver a la casa junto a su madre; el medio la ha engullido. Esto se refiere al respecto: “La desesperada inquietud por volver a su casa se amortiguó en el cautiverio.” (p.95). Además, en su alma también iba creciendo algo después de haber acumulado tantas desdichas, así fue que ella “Fijó su ubicación en la sociedad que la aplastaba y cultivó, sin sentirla, su simiente de odio.” (Osorio, 1979: 95), con lo cual, además, Tránsito ingresa al mundo de la desesperanza.

Por otra parte, en la figura del Alacrán, compañero de Tránsito, se revela la existencia de un ser que semeja la de un animal, en permanente persecución por la policía, porque no halló otra forma para subsistir que la ratería tal como se encontraba en los registros; desconocía

sus orígenes, pues “Nunca supo cómo se llamaba ni de donde procedía...Apareció en la calle como una producción espontánea,” (Osorio, 1979: 79), con la misma facilidad con que aparecían todas las humillaciones, que los de su clase, “debían convivir” por ser pobres, abandonados o campesinos cuyo infortunio fue llegar y quedar presos de la ciudad.

En el seno de esta “sociedad” de doble moral, donde las acciones y sus respectivos resultados se confinan al ocultamiento, genera, en consecuencia, la presencia de este fenómeno: los hijos sin noción de sus padres; aunque, en términos generales queda sugerida en la novela que son hijos que proceden, como manifestación general, de estas relaciones de sometimiento de las mujeres, en particular, de manera extendida, en las del campo dentro de la ciudad, es decir, lo de abajo es el resultado de lo que se origina desde arriba instalado en el ámbito de la cultura, en este caso por el fenómeno del patriarcado como forma inherente a los sectores dominantes, del cual se deriva un mundo semioculto, el mundo subterráneo representado, el producto de la mano hacedora de este tipo de “sociedad”.

Esto se alude respecto a la procedencia desconocida de estos parias de la sociedad, de la cual emergió el Alacrán: “descendencias de mendigos, de miserables que habían perecido en los hospitales y en los asilos, de mujeres seducidas por presumidos y satisfechos galanes, las que abandonaban a sus crías en los portones o les dejaban su libertad apenas eran capaces de alejarse de su lado.” (Osorio, 1979: 81-82). Al lado de este personaje, en el cual Tránsito pensó inicialmente hallar solución también a la necesidad apremiante de retornar al hogar del campo, encontró la violencia sobre su humanidad que se agregaban a las vicisitudes que siempre sobrellevaba. La crueldad la hace recaer sobre ella cuando regresa al alojamiento en estado de ebriedad y exige le devuelva el pañolón con el que Tránsito se cubría; así la emprendió contra ella: “Un odio asesino le nublabo las pupilas, que reflejaban una crueldad carnífera. Cuando la tuvo a su alcance extendió la mano con rápido ademán y le cruzó el rostro de un puñetazo.” (Osorio, 1979: 120).

Finalmente, se advierte que estos dos personajes, que no podían instalarse de manera estable en algún lugar por el acoso que llevaba la vida de el Alacrán, se ubican en el extremo de la marginalidad, lo que los alejaba de toda posibilidad de tener el menor contacto con los eventos políticos que en los barrios populares se hacían con la presencia del líder Gaitán; así lo percibió el Alacrán: “Las esquinas del barrio estaban cubiertas de anuncios y de invitaciones a la concentración gaitanista...el Alacrán comprendió que se aproximaba un suceso insólito, en cuyo fondo podía venir envuelto un peligro.” (Osorio, 1979: 148)

Este alejamiento social y político de Tránsito, que se acentuaba en la compañía del Alacrán y la abocaba a mayores padecimientos como el hambre, se rompió momentáneamente al vincularse con la masa violenta y desbordada, en medio del caos fratricida, donde “Los saqueadores, ebrios e inconscientes, se mataban unos a otros sin motivo alguno,” (p.232), para apropiarse, en los centros de abasto o mercados, de alimentos y alcohol, y así saciar el hambre acumulada mientras se embriagaban. En este momento, Tránsito imbuida por la venganza y el rencor sólo atinaba a recordar a la señora Alicia, en quien pensaba como causante de su desgracia: “-¡Ah, malhaya toparme pu´aquí con mi señora Alicia pa ver cómo tiene las tripas por dentro!” (Osorio, 1974: 233). Su vida se consume definitivamente en medio de la violencia generalizada y caótica cuando un proyectil atraviesa sus carnes, mientras clamaba con voces de muerte: “-¡Muera! ¡Muera!” (234).

Desde la perspectiva, la vinculación de Tránsito al acto violento de masas, que la tomó de sorpresa porque nada sabía al respecto y al cual se vinculó por los afanes del Alacrán, del cual dependía en ese momento, afanes que en la conciencia de éste se limitaban a la solución de la necesidad más inmediata de ellos, cual era la de conseguir comida, representó para ella, desinhibida por influencia del licor, el escenario que hizo aflorar en su conciencia algo reprimido, el odio contra Alicia, la causante de la desgracia que la acompañó siempre y de la cual no logró jamás reponerse, odio que se revela en el intenso deseo de acabar con la vida de ella, de asesinarla.

Esto marca la tendencia social que no refleja contradicción alguna respecto a los núcleos dominantes encumbrados en el gobierno, sino que señala el antagonismo establecido con el sector social que funge de clase media venida a menos, pues marca la tendencia de la proletarización. Lo que se evidencia aquí es la lucha entre los de abajo por aniquilarse mutuamente y refleja, al mismo tiempo, las condiciones culturales precarias, pues las relaciones políticas, que permitieran establecer lazos de acercamiento entre estos núcleos, son inexistentes.

Tránsito muere, pero la causante no, para su desgracia, lo cual apunta hacia un estado social que eterniza la problemática de estas relaciones de desintegración entre las clases empobrecidas de la sociedad que, en consecuencia, contribuyen a servir de soporte, de forma indirecta, al orden político y social establecido que decreta su marginalidad social y económica, porque sus perspectivas no apuntan hacia estos objetivos. Esta “clase media” se convierte así, en eslabón del mecanismo del establecimiento que a manera de perforadora destruye las estructuras sociales básicas, en particular la campesina, sin conciencia que desde arriba se la impele a la proletarización y luego a su degradación.

A manera de conclusión, sobre la vida martirizada de Tránsito, se indica que es la representación del cúmulo de calamidades que recae sobre la mujer campesina en la ciudad, de las cuales no puede sobreponerse y donde finalmente perece, paradójicamente, en la revuelta pretendidamente liberadora para los oprimidos y humillados. Formulando referencia en correspondencia con la tipificación del personaje, se corrobora que la campesina “Tránsito no era sino la síntesis de un dolor humano hostilizado por todas las fuerzas morales y materiales que sostienen y estructuran la organización social” (Osorio, 1979: 186)

En la representación de la sociedad, en la visión que ésta comporta, hay sugerido un dique que se establece como barrera social para la existencia como persona digna; se requiere nacer y pertenecer a una familia de rango social elevado; si no es así, será un excluido, un marginado; quiere decir esto que algunos núcleos sociales como el campesino, le son

determinadas, por anticipado, las condiciones de existencia en la ciudad; para ellas no hay derecho a la esperanza, sólo la que conlleva hacia la miseria, como presas de un destino inexorable.

¿Quiénes son los responsables y cómo manejan esta situación de la miseria social? A continuación lo que responde, a manera de diatriba contra los poderosos, es la voz de Gaitán, que aparece antagónica, contestataria, la palabra omnisciente que imprecia contra quienes acuden a las argucias, efecto de su doble moral, para ocultar las causas de los abandonados miserables, es la palabra contrapuesta que no sólo denuesta sino destapa con su propia visión las causas del fenómeno del abandono, maltrato, violencia y desamparo de estos parias de la calle.

Primero, indica de manera general un colectivo, a la sociedad, como responsable, la cual adquiere la connotación de un determinado y exclusivo grupo, que representa socialmente un ente parcial y que remite a un paradigma social el cual se manifiesta por medio de un código social propio, que revela su carácter a través de lo que traduce su comportamiento. Señala: “La sociedad para disfrazar su horrenda hipocresía, para defender el sofisma del generoso corazón de sus altas clases, para salvar su paz y su sosiego, extrae de su seno sociólogos que expliquen con argumentos artificiales y cobardes la realidad de aquellos desamparados.” (Osorio, 1979: 84).

Se descubre, tras la fachada de esta “sociedad”, que la bondad que brilla es falsa, lo cual revela el carácter hipócrita que entraña; además, para dar soporte a su doble intención acude a la “ciencia”, al sociólogo, parcializado a este punto de vista, con el apoyo del antropólogo, que justifican la vida de los miserables, cuyos “estudios” “explican la regresión, la falta de sentido moral, la degeneración de los instintos, por causas fatales” (Osorio, 1979: 84).

Seguidamente, indica, de forma mordaz, el carácter específico de esa “sociedad”, que conlleva la marca ideológica de la religión, que pretende sustraerse a las causas del

problema de la miseria, “a las cuales es ajena esa cristiana y bondadosa sociedad, que se revuelca en su ficción de caridad.” (Osorio, 1979: 84). Las causas, que se plantean del problema, opuestas a lo hecho manifiesto por este tipo de “sociedad” parcial, que podría considerarse mojigata, señala que las motivaciones están fundadas en: “que esos muchachos nacieron y crecieron como animales, sin un hogar, anegados en la miseria, hambrientos, desnudos y perseguidos, y que fue esta hostilidad la que los incapacitó para la vida normal, la que los indujo al robo y a la delincuencia precoz.” (Osorio, 1979: 84). Se infiere en lo expuesto, que la raíz del fenómeno es producto de la misma sociedad que lo genera y no obedeciendo a causas “fatales” ajenas como lo arguyen los “sociólogos” al servicio de esa “sociedad”.

Se manifiesta, además, la ironía, la burla, contra la sociedad; se advierte una vez Tránsito es abocada al irreversible destino marginal del submundo de la miseria; se indica respecto a este nivel de “La sociedad” que podrían estar tranquilos en el cuidado y la protección de los suyos, porque “El orden estaba defendido sólidamente contra las mujeres perdidas como Tránsito.” (Osorio, 1979: 43). Al hacer referencia a la sociedad remite al Estado, pues sugiere que protege el interés de un determinado o exclusivo conjunto de la sociedad.

Esta voz, que enuncia, interviene también, mete baza en el asunto a favor de los desvalidos sociales, no es la que se queda al margen observando que los personajes con independencia se enfrentan solos a las vicisitudes de la vida; su punto de vista coparticipa en este escenario, formulando juicios sobre la problemática social en aras de otorgar claridad a las conciencias de los desamparados de que su destino no es inexorable y es posible dignificar su existencia.

Para los obreros y el desarrollo de su conciencia es fundamental el trabajo de una organización partidaria de clase. Se observa en la novela que el partido que comporta la idea socialista, está distanciado de la clase. En la obra se detallan los aspectos que influyeron en su marginalidad política del proceso social. El obrero no se hallaba a sí mismo en su ideología; es un colectivo influido por rezagos tradicionales que fue

configurando en la masa obrera el arribismo, idea burguesa que impele el ascenso social en los diversos escalones de esta clase, evidenciado no sólo en un simple cambio de oficio, que implicara obtener la categoría de empleado, sino, y como consecuencia de ello, su ubicación en la anhelada clase media que le daría un estatus superior a los de la clase baja.

Además, se correlaciona con otra manifestación ideológica burguesa anidada en su conciencia: “un fuerte individualismo...los inclina al aislamiento y los hace desconfiar de los beneficios de la colectivización.” (Osorio, 1979: 116). Así se deja entrever un doble aspecto. El socialismo no contaba, primero, con una clase consciente, con una base social preparada ideológicamente para el evento político y social propicio a sus intereses que se agitaba y desarrollaba, y segundo, tampoco contaba con una auténtica vanguardia partidaria como lo expresa el discurso del personaje Olmos: “El comunismo es una brutalidad. Es otra manguala política pa los vivos. Dicen camaradas y compañeros y ofrecen repartir todo...pero pa ellos solos. Pa los idiotas que pongan la espalda no quedará nada. Ay tán ya los jefes bien aseguraos con los liberales” (Osorio, 1979: 147)

Así se coloca en evidencia no sólo el rechazo profundo sino la ubicación política en el contexto de la corriente que se proclama comunista. Se acomodan en alianza con los liberales, pero de arriba. Se observa que el aislamiento de este grupo no corresponde a un fenómeno táctico sino a una naturaleza contraria a la esencia proletaria. Los términos “camaradas, compañeros” (p.147), comporta la ideología socialista, pero que se desdibuja en la acción, en el comportamiento conciliador con un sector del liberalismo diferente al gaitanismo.

En cuanto a Olmos, el tinterillo, es un personaje excluido de cualquier posibilidad de ascenso social, por su origen, porque su padre era zapatero, que lo ubica irremediabilmente con los demás sectores marginales. Defiende los postulados de Gaitán, es el portavoz de sus ideas; sin embargo, no existe una conexión orgánica con el caudillo, su entronque se instala en la distancia: “Posiblemente Gaitán ignoraba la existencia personal de Olmos, como

desconocía la de innumerables de sus prosélitos, de aquellos que encontraron en su programa la esperanza de redención y se lanzaban en su seguimiento, invitando a la movilización unánime de los oprimidos.” (Osorio, 1979: 142).

La situación de Gaitán respecto a los dirigentes medios es totalmente inexistente, es como si esas barreras de exclusión social que había impuesto el régimen se manifestaban también, como fuerza de costumbre, en la relación entre el líder y los dirigentes que tenían estrecha relación con las masas; aspecto especialmente negativo para los propósitos revolucionarios del caudillo. Sin embargo, una diferencia sustancial, ideológica se refleja entre el caudillo y su seguidor como lo manifiesta aquí: “Gaitán es un hombre de verdá;... Lúnica vaina es que es abogao... Y porque es abogao... no va a hacer la revolución que es necesaria. No nos va a dejar despescuezar uno de esos ladrones de alta. Su mala vaina, su defecto único es que dice que la revolución hay que hacerla dentro e la ley.” (Osorio, 1979: 146).

Esta diferencia hace aflorar una situación del desarrollo político, mientras Gaitán inflamaba a las masas con su discurso dentro del marco de la legitimidad, el distanciado Olmos los influía con la imagen de la Revolución Francesa. Aquí se refleja uno de los aspectos que se materializan en el desarrollo de la revuelta, que revela, en parte, una manifestación revolucionaria, porque hacía parte de un plan con el propósito claro de destruir el soporte que sustentaba el Estado: la “justicia”; en este sentido Olmos, junto con otros tinterillos aprovecharon la ocasión: “para destruir sumarios y expedientes. Grupos de maleantes los ayudaron con la mayor eficacia, después de haber abierto las puertas de las cárceles, donde centenares de acusados esperaban la vindicta de la sociedad por sus culpas.” (Osorio, 1979: 230).

Esta acción no fue suficiente para superar la manifestación espontánea y emotiva de la marginalidad que desembocó en anarquía y se autoliquidó en el caos de la revuelta; la Razón, esencia de la réplica de la Revolución Francesa, se diluye en esta tensión, en el caos y la irracionalidad de los núcleos marginales.

Respecto a Olmos, hay representación directa de su participación en el acto violento, por su vínculo al ámbito jurídico con la justicia. Esta aparece representada en el edificio ardiendo que significa la quema de todo lo que evidenciaba las injusticias decretadas contra los sectores populares; así se muestra: “En el palacio de justicia, el Forge Olmos y cuantos tinterillos vivían haciéndole a la ley faenas de torero, aprovecharon el desorden para destruir sumarios y expedientes.” (Osorio, 1979: 229-230).

La consecuencia de esto para Olmos tiene el significado del triunfo, pues se cumplió el objetivo; éste adquiere identidad con el Alacrán como se observa cuando éste se detuvo a observar la pira en que se hallaba el edificio de Justicia, “donde se hundía todo su pretérito anónimo, la vil trayectoria de la incansable persecución que la sociedad había emprendido contra su vida azarosa.” (Osorio, 1979: 230); sin embargo el éxito es relativo, la quema del edificio y de los papeles no borra la existencia de quienes construyeron y mantienen el estado de cosas como se venían dando, es decir, el establecimiento se sigue sosteniendo, las estructuras políticas, económicas y sociales apuntan hacia la continuidad. Olmos y el Alacrán se disuelven en la acción, desaparecen, no quedan signos de sus vidas, lo cual anula la posibilidad de dar significación a la tendencia social que representaban y por la cual descubrían su espíritu de lucha.

La masa, el conjunto extenso de la marginalidad, desde su nacimiento lleva condenada su existencia al oprobio, a la miseria, a la exclusión social, incluso a la legitimidad de su muerte; de esta concentración social se deriva la concreción o formación de una fuerza con un poderoso potencial para la rebelión, estigmatizado por la “sociedad” de chusma, plebe, populacho, canalla. Ansiosa de cambiar la vida, con aspiraciones de superar el estado de miseria por el trabajo, de conquistar mediante éste el espacio social, deambulaban sin rumbo cierto. La imagen de la masa corresponde al de la bestia según la visión de la “sociedad”, y “como lo pretendían los sociólogos a sueldo de los capitalistas, nacieran hombres con tendencias de regresión bestial”. (Osorio, 1979: 140). Esta consideración naturalista de los sectores dominantes sobre el ente popular, coincide con la esencia de la ideología fascista.

Se destaca el poder de la masa, su papel transformador de la historia, gestora de epopeyas, pero advierte, también, de la irracionalidad que entraña, incluso contra ella misma. Señala, además, la factibilidad de ser aprovechada en un momento dado a favor de alguien o de un grupo, indicando así, la posibilidad abierta para que una clase o un poder particular haga usufructo de ella, para sus intereses particulares; esto refiere en este sentido, una vez ha realizado su cometido violento y destructivo, en el cual no tenía cabida ni método ni dirección.

Esta perspectiva ideológica refleja ambigüedad, pues no ofrece la posibilidad segura y correspondiente para la sociedad que reivindique a los marginales; esto es como destacar una parte fundamental de un cuerpo social, pero al que le es factible colocarle una cabeza u otra sin ofrecer la que verdaderamente concuerde efectivamente con ese cuerpo para generar su desarrollo; con esta formulación se admite que cualquier aventurero puede abusar de ellas, de las masas.

En relación con la cultura, se hace entronque con la historia, la cual es vinculada como tema; se toman ejemplos de esta para argumentar el papel y el valor determinante de las masas en las transformaciones de la sociedad y por ende en la materialización de la historia. Las alusiones son referencias directas de hechos históricos de trascendencia, como el de la Revolución Francesa que marca un hito en la historia universal, la que se levantó en España contra José Bonaparte, la que insurgió el 20 de Julio de 1810 en Santa Fe de Bogotá, representando la primera conquista popular contemporánea de la independencia, y también la que señala a la que fue la base para que las Sociedades Democráticas, a mediados del siglo XIX, época en que se implantó la libertad de los esclavos.

Sin embargo, se observa que se presenta a este tipo de masa lumpenizada, a los que denomina o caracteriza como especie de deshechos, como un colectivo que siempre ha construido la historia, de los cuales dice: “Esa mezcla turbia de residuos sociales, de detritos, de prófugos de la justicia, de obreros sin trabajo, de miserables, de perseguidos, de hampones, es la autora material de los grandes hechos del progreso humano,” (Osorio,

1979: 109). Se advierte en esta apreciación limitaciones respecto a la valoración de estos hechos trascendentales que dejan endeble la verosimilitud de la representación, pues el acontecimiento final, a pesar de la crisis del Estado, no generó progreso, no posibilitó el acceso a una sociedad mejor o más avanzada para los miserables.

Emerge en consecuencia un indicador acéfalo, configurado en un cuerpo sin cabeza, mostrando su poderosa fuerza de cataclismo, natural “como un sismo: lleva en sí una potencia irresistible y arrasadora que no actúa con un objetivo preciso” (Osorio, 1979:108); pero sin proporcionarle la dirección, la guía acertada; esta fractura social y política deja entrever el flujo social espontáneo de la marginalidad que se descompone en acciones anárquicas. El anarquismo propone el caos, el desorden absoluto. Después de la destrucción deviene el vacío. No concibe un nuevo Estado, luego de la destrucción del caduco. La revolución implica la transformación de todo el establecimiento hacia un Estado superior.

Hay otro aspecto a considerar y es la irracionalidad expuesta a través del sentimiento del odio como móvil para desencadenar la rebelión de las masas; paradójicamente el mismo sentimiento podría ir contra sí misma; así lo advierte, “La substancia íntima de esa energía es el odio contra todo, incluso contra sí misma.” (p.108). Esta visión, que considera el sentimiento, es parcial, pues elimina otro elemento fundamental integrador, la conciencia, el desarrollo de ésta, de la educación de las fuerzas sociales y económicas básicas del conglomerado popular; es mediante un proceso cultural previo a los grandes cambios que signifique la preparación en lo orgánico, en la elevación de la conciencia política de estos componentes determinantes sociales, que se tiende a evitar el riesgo de la acción espontánea, aventurera o anárquica que conlleva el salto al vacío. Es por esto que los personajes no viven la ciudad.

En este núcleo representado, se evidencia la visión sobre un tipo de masa, la chusma, otro tipo social, es el lumpen mezclado con sectores obreros analfabetos que en conjunta conforman un ente marginal con niveles bajos de conciencia o carecen de esta. Hay una caracterización que se hace respecto a este conjunto que brinda una imagen pertinente, dice

que: “La chusma se atreve a todo porque procede irrazonablemente, y porque, empujada por su odio latente, es irresponsable.” (Osorio, 1979: 109).

Resumiendo este aparte sobre las masas, desde la opción revolucionaria, el Gaitanismo no contribuyó a sacar la “bestia” de su postración, no generó la elevación de su conciencia ni su conformación orgánica. Su voz despertó y ampolló el corazón con la emoción del odio que insufló hasta los niveles explosivos que alcanzó. Se expresa la conciencia histórica del papel determinante que tienen las masas en las transformaciones sociales pero no se observa el desarrollo de la conciencia política y orgánica. La masa aparece como una bestia perseguida que actúa por instinto y por ende de manera espontánea, guiada por el sentimiento no por la conciencia. Se hallaba confundida, pues carecía de identidad política.

Por su parte, en la antesala y en la preparación de la Conferencia Panamericana, de connotación internacional, que revestía importancia decisiva en el país, se advierte la agudización del fenómeno económico y político en la capital, a favor de los que tenían el poder del Estado en sus manos, al servicio de las castas oligárquicas, pero en contra de los trabajadores y por ende de los marginales; las acciones ejecutadas previamente coincidían, de manera anticipada, con los planes a determinar en tal certamen. De una parte, en lo económico, el alza en los precios se había disparado a tal punto que “el pueblo no tenía pan” (p.222), pues habían creado impuestos que “recayeron sobre los pequeños consumidores,” (p.222); en consecuencia, esto generalizó el hambre en los niveles bajos de la población.

De otro lado, en lo político, el fenómeno de la violencia se extendió, se generalizó mediante campaña de exterminio en la que “caían obreros sin trabajo, rateros, mendigos, personas inermes que no habían cometido delito” (Osorio, 1979: 221), que denominaban de limpieza sobre el submundo de la marginalidad, de la cual hacían parte Tránsito y el Alacrán, y que también abarcó a sectores obreros, “porque se aproximaba la Conferencia Panamericana y era conveniente limpiar un poco de maleantes y pobres la ciudad,” (Osorio, 1979: 221).

Se advierte en lo expuesto, en el fenómeno social exterminador, la manifestación de la tendencia ideológica fascista que considera la inferioridad y debilidad de los miserables como algo no sólo connatural sino que da a los poderosos atributos legítimos para disponer de esas vidas, incluso de eliminarlas como se observa en lo referido. Si esta es la situación interna representada en el ámbito citadino, el contexto de la novela revela de manera conexa, la situación del campo no menos dramática, donde la violencia también se intensificó en las aldeas, según Osorio, con el “arrasamiento de poblaciones enteras”; pero donde también “amenazaba con encenderse el sentimiento de rebelión” (Osorio, 1979: 224). Observando la extensión y agudización de este drama en la ciudad, se refiere esto: “millones de trabajadores quedaron condenados a la miseria absoluta, y cualquier protesta, cualquier reclamación que formularan los colocaría automáticamente en las clasificaciones de la delincuencia o del comunismo,” (Osorio, 1979: 222-223).

En la referencia anterior, se hace una revelación de fondo, que tiene un gran significado, coincidente con el contexto histórico, puesto que las medidas aplicadas recaen sobre un núcleo social específico, en una extensa masa de “millones de trabajadores”, a los cuales habían sometido o condenado de manera categórica “a la miseria absoluta”, y a quienes también se les negaba toda opción democrática de reclamar o protestar, mejor dicho, carecían de derechos políticos; con la mera presentación de un reclamo, se les estigmatizaba de comunistas; así, la situación social convergente al evento Panamericano presenta marcas políticas bien delineadas respecto al núcleo social de los trabajadores, pues son el blanco de las corrientes entronizadas en el poder, tanto nacional como internacional.

Concluyendo, de modo general, todo apuntaba en contra, en el periplo de Tránsito por la marginalidad, sin posibilidad de retorno; es un viaje inexorable hacia el abismo, al vacío. Es iniciado desde el seno de la misma familia al ser considerada por la madre objeto o mercancía negociable; si esto se instalaba en el núcleo familiar nada se presagiaba a favor en las demás relaciones sociales. Así sucedió en su relación inicial en la ciudad con las señoras a quienes sirvió, Alicia y Enriqueta; ésta le imputó un falso robo y la otra la expulsó después de abofetearla. La ciudad fue verdaderamente un vía crucis para Tránsito,

plagado de estaciones de sacrificio, hasta que finalmente la devora en la vorágine social donde perece.

La “sociedad” y el Estado, que la violenta con el organismo policial, le establecen un cerco en la ciudad, como forma de cárcel, donde, de una parte, no hay opción a la reivindicación social mediante el trabajo y, de otra parte, se le impide retornar a su lugar original, al campo; en estas condiciones, ante la alternativa de la prostitución, por la cual había sido registrada, y a la cual se resistía con las pocas reservas morales que le quedaban, termina por persuadirla y accede; sin embargo, la única opción de liberarse de ese medio y de regresar a casa, la percibió en un obrero que la sacó del muladar, pero iniciando la relación y sin conocer el nombre de él, se entera que ha sido asesinado, desmoronando, una vez más, las esperanzas que guardaba; de contera, la última relación la efectúa con un marginal en estado extremo, símil del animal, el Alacrán, quien también la maltrataba violentamente y la arrastra, finalmente, hasta el torbellino social desatado en la ciudad que la consume en estado desafortado imprecando la muerte de quien creyó culpable de su desgracia: La señora Alicia.

Se advierte en la total marginalidad de Tránsito, que tampoco le fue posible el menor contacto con la corriente gaitanista, ni siquiera una idea lanzada por éste líder llegó a sus oídos; este aislamiento cultural corresponde al cerco que le habían tendido y a la persecución implacable de la policía que no le permitía acercarse a nada. La relación con el líder Gaitán fue inexistente, la mujer del campo, inmersa en la marginalidad de la urbe, no tenía objetivos políticos, ni vínculo orgánico que le permitiera participar de forma organizada en la revuelta que se suscitó; la relación con los obreros fueron fricciones y contactos anónimos y fugaces en las que la perspectiva política y social no contaba. En esto radica su derrota, en la marginalidad casi absoluta y en el aislamiento extremo, respecto a los participantes y de quienes dirigieron, como en el caso de Olmos en el incendio del Palacio de Justicia donde quemaron los archivos.

El campesinado es la representación de la marginalidad social en un momento en el cual la tensión política se halla elevada al máximo en el contexto citadino. Con esta marginalidad se tipifica otro tipo de inmigración del campo a la ciudad, que se singulariza en la mujer; no es el desplazamiento que se menciona en un aparte, ocasionado por el arrasamiento de aldeas enteras, sino la que se da por urgencias económicas en los campesinos que pretenden hallar en la ciudad solución a sus necesidades, mediante el ofrecimiento de las hijas mujeres para el servicio doméstico.

La ciudad no sólo no resuelve al campesino esta aspiración sino que contribuye a fracturar y desintegrar la relación entre padres e hijos. La ciudad no sólo separa sino que devora a la hija, a la mujer del campo. El periplo de la mujer en esta es un víacrucis por la degradación hasta la muerte. Tránsito es la metáfora del sufrimiento de la mujer campesina en la ciudad. Su participación en la revuelta se circunscribe a solucionar el hambre, necesidad inmediata que la embarga y a descargar el odio y el deseo de venganza en la que considera la culpable de su desgracia: La señora Alicia. Muere en esta circunstancia por uno de esos disparos originado por el caos en que estaba inmersa la ciudad.

Se sugiere, a través de Tránsito, la idea de una persona con virtudes morales que la sociedad maltrata, daña, humilla y margina, lo que en consecuencia, genera el odio, la rebelión donde se ha de cobrar por los males ocasionados en la humanidad de los miserables, se insinúa la venganza social de los pobres marginales; se sugiere, también, advertencia a los poderosos que oprimen, explotan y humillan, porque estos eventos de tormenta social son cíclicos y por ende, ellos no están eximidos de ser devorados en estas conflagraciones populares, pues de lo que se trata, es precisamente que suceda esto.

En la memoria de la novela, la figura del líder Gaitán es reducida; no es el personaje total, a la pérdida de fuerza del personaje se agrega la de su voz, que no es la propia; aparece como un altavoz que retumba en un eco breve en la lejanía. Su presencia efímera, aunque poderosa contrasta con la de otro personaje: Tránsito. Esta atraviesa la obra simbolizando ese vía crucis que depara la ciudad a quien procede del campo. Aquí, la memoria literaria

da fuerza al débil, no obstante haya de perecer al final, mientras debilita la del fuerte. Ambos mueren *El Día el odio*. Con él desaparece una esperanza, para ella, la muerte prolonga la miseria para las del campo en la ciudad, cierra la boca de quien puede advertir a otras para que la historia no se repita, se rompe el eslabón comunicativo de la experiencia hacia el conocimiento. En consecuencia, la tendencia es que el ciclo será reiterado.

Respecto a la violencia, se representa dos manifestaciones; una de ellas es inherente a la cultura, que se halla incorporada al cuerpo social, particularmente en las clases bajas. La otra es política, que involucra un espectro más amplio. En relación con la primera instancia, una es intrínseca, se deriva de la cultura, como método, que apunta a establecer un correctivo al comportamiento en las labores domésticas, como lo pretende la madre con Tránsito, también, en la otra, se advierte en la violencia de el Alacrán contra ésta, que es la violencia per se, primitiva e irracional, es manifestación de la extremada degradación.

La segunda es la violencia política manifiesta a través del Estado en: represión contra los sectores marginales a través de la policía y la denominada de limpieza para favorecer intereses concentrados en la Conferencia Panamericana, que asegura los propósitos dominantes del poder imperial de los Estados Unidos. Convergente con esta reunión, está el magnicidio y la violencia generalizada de las masas sustentada en fuentes históricas, de las cuales destaca el ejemplo valeroso de una madre, que justifica como fin que como medio para el progreso; también se observa en las disputas sectarias partidarias y de fondo, enuncia como conexo, el fenómeno de la violencia en el campo, la de los arrasamientos de poblaciones.

La novela justifica la violencia del populacho, que sustenta con revelaciones históricas como la Revolución Francesa; en este sentido se quiere decir que la marginalidad social causada por poderes sociales apoyados en el Estado, acumula odios que inevitablemente convergerán en un cataclismo social de venganza y liberación; sin embargo, se presenta un contradictorio planteamiento; el asunto está bien, sólo que al considerar la violencia de las masas como generadora de avances: “Esa mezcla turbia de residuos sociales...es la autora

material de los grandes hechos del progreso humano” (Osorio, 1979:109), se establece en contradicción con el resultado caótico de la derrota; no hay reivindicación para Tránsito, aunque hay destellos para El Alacrán; las esperanzas puestas en el líder desaparecen con la muerte de éste; de ahí no surgió la nueva sociedad, el progreso que reivindicaría a los miserables.

Esta ausencia del líder se suple con otro elemento en cuestión representado en la emotividad, configurado en el sentimiento del odio, caldo de cultivo para el anarquismo, como se refleja en el título de la novela.

Se empaña la memoria mientras se sugiere el caos, esencial al anarquismo como alternativa. *El Día del Odio*, coloca a Gaitán como Justiciero del Pueblo, de su dignificación, generador del cambio social pero ubicado en la inmodificable legitimidad pacifista; lo erige como en una especie de híbrido contradictorio de revolucionario-legitimista. Su imagen es la de un potente altavoz que todos escuchan, pero inasequible, sin vinculación directa u orgánica con el populacho, lo cual no le permitió vislumbrar las consecuencias de lo que él mismo venía fomentando. Osorio dice que: “Hasta el propio caudillo olvidaba la potencia monstruosa de esa dinámica que pretendía utilizar para fines de justicia.” (Osorio, 1979: 224). Fue como desconocer el poder alcanzado de la palabra en quien la escucha.

Desde el poder del gobierno, las ideas del fascismo, manifiestas en la regresión bestial y en consideraciones morfológicas que jerarquizan las personas de acuerdo a los rasgos físicos, eran parte aplicada al cuerpo deshumanizado del populacho, porque las ideas socialistas eran inaccesibles a la masa. Sólo la irracionalidad espontánea, cargada del emotivo odio y la venganza más que de la conciencia, allanaron el sendero hacia la revuelta, es decir, al vacío sin perspectiva, hacia la derrota; así que: “nadie podría prever la incontrolable violencia que se desataría en el hora de la acción, desbocada como un corcel salvaje. Entonces nada podría dominarla, encauzarla, ni organizarla y se despeñaría en abismos de anarquía y caos.” (Osorio, 1979: 224).

Finalmente, cabeza (líder) y masa no eran un cuerpo configurado, su voz era fuerte pero desprendida; sólo llegaba a ellos a través de Olmos, personaje éste, quien se encargaba de retransmitir los mensajes y perfilaba la réplica de la Revolución Francesa. La clase trabajadora, casi anónima, imbuido de ebriedad, fenecía por los antagonismos políticos sectarios, mientras los empleados sumidos en la crisis económica, continuaban enmarañados en aspiraciones arribistas. La imagen del núcleo político comunista representa la extensión de uno de los centros de poder. El campesinado, representado en la mujer a través de Transito, también falla en el intento de hallar en la ciudad solución a sus necesidades y la posibilidad de su realización. En conjunto, todo funcionó en contra de los de abajo, la vorágine social los devoró.

4. Conclusiones

Para el desarrollo de las conclusiones, se introduce inicialmente una generalización y luego se adelantan de acuerdo a los capítulos, indicando consecutivamente, al autor en su contexto, los objetivos específicos, derivados de la aplicación del marco teórico metodológico, las categorías sociales y finalmente, haciendo cierre, el objetivo general: la ideología.

El universo social constituido en *El día del odio*, representa la configuración del submundo o ciudad de la marginalidad, engendrada desde la familia campesina, la familia del empleado y la clase media baja, y también, desde los centros de poder del Estado con rasgos fascistas transnacionales, fundados en el naturalismo. Fuerzas opuestas influidas por el líder Gaitán, que desarrollan la revolución tras una sociedad digna, justa y de trabajo, con fundamento en el discurso socialista, logran con el levantamiento masivo destruir y fracturar uno de los soportes del Estado segregacionista: el sistema de justicia que legitimaba la marginalidad.

Respecto al autor Osorio Lizarazo, emerge y participa en una época (siglo XX) signada por factores históricos contrapuestos, que configuran la modernidad, pero determinantes para el desarrollo de la humanidad, uno de los cuales, el socialismo se presenta como sistema social que derrumba estructuras económica-políticas que se consideraban inmutables, abriendo así, espacios para la liberación de las fuerzas productivas de las cuales la más importante el hombre vinculado al trabajo, el obrero.

Sin embargo, este periodo de medio siglo, se caracterizó por la confrontación que se materializó en dos guerras, una de extensión europea y la otra, la segunda, de cobertura mundial contra el fascismo que una vez derrotado dejó como rezago, su estela tendida en otros lugares del orbe, entre los cuales Colombia y Latinoamérica no estuvieron al margen.

Este contexto fue decisivo en las transformaciones culturales, particularmente en el mundo occidental, del cual surgieron manifestaciones que a la par de los cambios de la modernización, generaron también ruptura con la tradición establecida en la cultura. Osorio tomó distancia del vanguardismo, involucrándose en el proceso cultural de transformación política del país, que pretendía establecer una sociedad totalmente nueva para lo cual trabajó al lado de Gaitán como jefe de redacción de la revista “Jornada”; pero contrariedades no conciliadas con el líder lo llevaron a marginarse del movimiento.

El ideal de belleza estético que prevalecía en aquel período consideró profanación lo hecho por Osorio, pues los “detritos sociales” que constituyeron el objeto del autor, en el contexto urbano, como materia de ficción, era sinónimo de fealdad, que revelaba en a deformación del sujeto marginal. La estética de Osorio que radica en la vida urbana, que proyecta la imagen plasmada de Borges sobre este topos, al considerar las manzanas informes o iguales como recuerdos rutinarios, en el que destaca la vida anómica o marginal; en este sentido se configura la propuesta de la fealdad, que se sustenta en escenarios grises donde hacía imperio la violencia, que se manifiesta a través de sociolectos utilizados por hampones y prostitutas.

Una de las características de la estética de la anomia que se revelan corresponde la carencia de conciencia respecto al entorno, la subjetividad no posee los alcances para ello, para lo que la sociedad o la urbe puedan proporcionar; en este sentido, en el contexto del cruce de la diversidad ideológica que se representa, actúa como sombra que genera mayor confusión, reforzando el sentido estético de anomia.

Resumiendo sobre el autor, se podría considerar que Osorio fue producto de la época y que hubo dos factores que fueron determinantes en esto, uno fundamental, el político que incidió de modo decisivo en el escenario mundial del siglo XX con dos guerras mundiales y la instauración del primer Estado Socialista del planeta, y en segunda instancia, la marginalidad como objeto de representación derivado de la influencia de Dostoievski y

Gorki; más de éste porque los problemas sociales hallan en la novela el medio representativo pertinente, que marcaban, además, la época.

De acuerdo al aspecto político, se advierte que las contradicciones políticas entre Osorio y Gaitán adquieren configuración en la representación literaria, de las cuales, la que más se resalta es el rechazo categórico que el líder le presentó al autor, cuando ambos compartían la causa de construir una sociedad nueva, al negar la sugerencia que Osorio le planteó de hacerle cauce a la marcha revolucionaria que el pueblo adelantaba, en estado pre-insurreccional, para dirigirlo hacia el asalto definitivo, mediante la toma del poder de modo violento. Sin equívoco alguno, estos dos personajes en la ficción, representan la contradicción de la realidad histórica.

Así, la literatura reivindica las luchas ideológicas y políticas esenciales que se agitaron en Bogotá y por ende en Colombia, en momentos que el país era el epicentro de uno de los fenómenos políticos más importantes del mundo, suscitado después de la Segunda Guerra Mundial: La Guerra Fría. Lo que la política le negó a Osorio, intenta reivindicarlo a través de la literatura, buscando una aproximación más cercana con la historia que la atribuida a Gaitán; la novela constituye no sólo expresión del drama humano, sino la constancia de reivindicación de las fuerzas sociales que construyen sociedad e historia.

Sin embargo, el alejamiento de la modernidad lo apartó de la realidad, como se observa en la representación parcializada que presenta, no sólo manifiesta en el objeto social informal, configurado en la marginalidad o lumpen, sino que no aborda en la representación al otro sector, el dominante, el de los poderosos; además, se aparta de la razón para darle prelación al sentimiento y a la irracionalidad, desde el enfoque naturalista en la literatura.

En el capítulo II, de acuerdo a la aplicación del método sociocrítico de Cros, orientado al análisis del universo social, histórico y político de la novela *El día del odio*, se desarrollaron las siguientes conclusiones, sobre la relación interdiscursiva entre lo: mercantil, religioso, socialista, social-político, ciencia que involucra historia y sociología.

La interdiscursividad coloca en relación antagónica dos mundos, dos concepciones, la del socialismo y la del naturalismo, la una en el propósito de construir nuevo estadio social que dignifique, instale la justicia y el trabajo sea la concreción de la riqueza, y la otra, por garantizar que su estatus dominante se eternice, que nada pueda ser modificado.

La revolución, el vehículo para acceder al poder no era identidad entre los aspirantes, el líder Gaitán colocaba el freno de la legitimidad; así, no sólo por el discurso socialista que identifica la ideología marxista, el cual presenta mutilado, sino que representa desconexión con la historia; en este sentido Gaitán expresa la inmovilidad en la historia y por ende la negación del desarrollo social.

Los marginales urbanos trascienden al líder, preparan la revolución, cual símil de la Revolución Francesa y alcanzan el cometido de la destrucción del palacio de justicia, un pilar que eternizaba el dominio sobre los marginales, fichados en la segregación social, racial y susceptibles al exterminio, mientras desde adentro del mismo sistema, se advierte la fractura del Estado por el ente policial que se involucra en el levantamiento atizando el fuego con la entrega de las armas.

Para la mujer del campo las relaciones con la ciudad fue un periplo hacia la degradación espiritual y material, su vocación cristiana es anulada, ni la revolución la salvo, pues el fuego de la explosión la consumió. En ella se representa el perfil anómico, no participó ni supo del proceso cultural que reverberaba en la ciudad, ni de sus actores; el aullido final, antes de morir, fue el retorno al venero original del humano primitivo, pero por causa de los que en medio de la revuelta, advertían que los preceptos sociales que habían concebido, que eternizaban su dominación, llegaban a su fin, nada podría ser igual después.

En el marco de las categorías sociales observadas en el capítulo III, se concluye que el viaje de Tránsito por la marginalidad es sin retorno. Se inicia a partir de la familia, del campo y finaliza en el escenario citadino. Es objeto de mercado entre su madre y Alicia y Enriqueta, representativas, una la mujer del empleado, la otra de clase media baja. La ciudad se

convierte para ella en un sendero de sacrificio hasta su muerte en la revuelta masiva. Desde el Estado, a través de sus organismos de justicia, se le establece un cerco que hace de la ciudad un centro reclusorio que impide la recuperación social y el retorno al hogar del campo, dejándole como única opción la prostitución.

En estas condiciones, se le presenta la tentativa de retornar al entorno rural por intermedio de un obrero anónimo que pretendió convivir transitoriamente con ella, pero esta esperanza desaparece al morir él en medio de las disputas sectarias políticas; luego, la relación con otro marginal, el Alacrán, la conduce al extremo del aislamiento hasta que ambos convergen en la explosión social, donde ella muere imprecando contra la señora Alicia como responsable de su situación final.

El cerco que se le tendió a Tránsito le genera el aislamiento casi absoluto, pues no fue posible vínculo alguno con el fenómeno político revolucionario del gaitanismo que se gestaba ni con sus actores; esta fue en, parte, la causa que incidió en la derrota de la mujer del campo en el momento del levantamiento.

La connotación del campesinado, representado por una mujer, simboliza la inmigración de ésta a la ciudad por consideración diferente a la violencia, porque se orienta a que debe constituirse en generadora de ingresos de su familia para suplir la escasa economía en que se hallaban abocados; pero la ciudad no resuelve la necesidad y acaba no sólo por fracturar la familia campesina, sino que “devora” a la mujer rural.

En consecuencia, el daño que ella sintió haber recibido, la transforma en un ser cargado de odio que lo descarga en el momento en que confluye en la conflagración violenta que se desata sobre la ciudad, revelándose, a través de esta situación, la sugerencia de la venganza de los miserables excluidos y la advertencia a los poderosos de que no estarán exentos en ningún momento de la historia de pagar las deudas y afrentas cometidos contra un pueblo, so pena de caer y ser consumidos por el fuego de estas explosiones populares.

A Gaitán se le representa como personaje efímero, cuya voz es retransmitida y contrasta su aislamiento con la resaltada presencia del núcleo marginal, en particular de Tránsito; aquí la ficción literaria da fuerza al débil social, mientras que demerita la del líder; la muerte de él acaba con la esperanza puesta en una sociedad nueva, la muerte de ella hace extensiva la reiteración de la miseria para las del campo en la ciudad, cerrando así la opción de hacer advertencia sobre la continuidad de este fenómeno. Se cuestiona la nula posibilidad de su proyecto, porque el legitimismo pacifista que entraña, le impide toda concreción futura.

Olmos, el tinterillo de la informalidad, socialmente otro de los excluidos por descender de padre zapatero, se movía también en el escenario del submundo ciudadano de la marginalidad, pues no le fue permitido acceder a los espacios del derecho formal como sí lo tuvo Gaitán. Si bien Olmos se convirtió en eslabón entre el líder y la masa, sin existir lazo orgánico entre ambos, esto sólo sucedió mientras trató de difundir sus postulados; sin embargo, lo hizo al margen de la legitimidad que imponía Gaitán como cerco a los actos de la masa, porque Olmos incitaba a las capas marginales hacia la concreción del paradigma de la Revolución Francesa.

Los trabajadores se escinden en dos núcleos, de los cuales uno, el empleado, de pretensiones sociales arribistas fundadas en el individualismo, lo colocaban al margen de cualquier posibilidad de hacerlo susceptible, no sólo de las falsas ideas comunistas, sino de las mismas esperanzas gaitanistas; esta separación se hace evidente en la participación que adquiere, como parte en la instauración de la forma de esclavización que hacen recaer sobre la mujer del campo, como se observa con Tránsito.

El otro, el obrero raso, se caracteriza como un personaje anónimo sumergido en las chicherías, donde la ebriedad los impelía a disputas políticas exacerbadas, interpartidarias, que desembocan en la muerte; así, las chicherías representan, no sólo los reducidos espacios de confrontación política que anticipaba lo que sobrevendría en el momento del levantamiento y dentro de los cuales, en consecuencia, desaparecía la opción de articular la

unidad de dos núcleos fundamentales, la fusión del campo y la ciudad, sino que se constituían en sepultura para los obreros.

La masa como actor de la violencia, tiene justificación, no sólo por la injusticia social de que es víctima, sino porque hace parte de procesos cíclicos de la historia como se ejemplariza con varios acontecimientos pretéritos de este tipo; sin embargo hay un aspecto contradictorio, pues el sentido del progreso indicado no se logra, porque no se presenta el cambio que reivindique a Tránsito y por ende a la mujer campesina; el líder muere y la masa queda acéfala, a merced del caos, de la anarquía; la ausencia del líder se restituye con la irracionalidad inflamada por el odio.

Desde el estrado del poder, del gobierno, las ideas del fascismo, manifiestas en la regresión bestial y en consideraciones morfológicas que jerarquizan las personas de acuerdo a los rasgos físicos, eran conceptos aplicados al cuerpo deshumanizado del populacho; las ideas socialistas eran entes orbitando al margen, e inaccesibles a la masa marginal. La acción final espontánea y emotiva de la masa, carente de dirección y propósito, propició el anarquismo de hecho, fundado en la irracionalidad del sentimiento que en soportes ideológicos, y allanó el sendero hacia la revuelta, es decir, hacia el vacío sin perspectiva, hacia la derrota. El intento de réplica mecánica de la Revolución Francesa, difundida con propósito y método, revela una variante de la ideología; pero carente de la racionalidad de la original.

Finalizando, respecto al objetivo global ideológico, se resume que la que subyace de manera general, a través de la interdiscursividad, son las relaciones ideológicas antagónicas entre socialismo y el naturalismo, que se presenta, en la primera, como expresión del marxismo, mientras que la otra revela el fascismo, que identifica en la inferioridad racial la justificación de la segregación social, racial, la explotación y el crimen. En lo literario, el naturalismo, que se representa en el aspecto de la descripción, de una parte, en el sentido que desconecta a los personajes de la vida caldeada de la ciudad y de otra parte, la deshumanización en descenso hasta el fondo animal como sucede a Tránsito.

De lo anterior, se infiere la existencia de un mensaje concentrado en la representación ficcional. Las mismas fuerzas desatadas como causa, desde los entes de poder y dominación, sustentadas en disposiciones naturales, encuentran su correspondiente respuesta –el efecto- natural en las fuerzas sociales marginales desencadenadas hacia la destrucción, contra aquello que las ha engendrado, como se advierte en el procedimiento violento de la masa, que actúa como fenómeno geológico sin objetivo, método y dirección.

De esta forma, se instaura para el ámbito social, sustentado en el *naturalismo*, la correlación de causa-efecto, es decir, que a un móvil de exclusión, explotación y crimen social, que se pretende instaurar como eterno, se correlaciona un efecto de movimiento, configurado en violencia y destrucción de mayor magnitud, acumulado en el tiempo, contra la causa que lo genera, reflejo de una ley constante de la historia independiente del hombre.

Se infiere de esto la presencia de un soporte filosófico que subyace en la novela: el materialismo mecánico, que plantea el movimiento de todo, pero siempre igual, inmutable, que en la novela se registra en los fenómenos históricos como constantes. De esta forma, se advierte en Osorio la intencionalidad de hacer una demostración filosófica desde la literatura.

De una parte, la novela adquiere connotación política al refutar a Gaitán por la oposición a la insurrección popular y por ende la negación de la historia en este sentido; en cierta medida es la cuenta de cobro por la discrepancia que ambos sostuvieron al respecto; de otra parte, advierte a quienes desde los entes de poder y dominación eternizan la superioridad racial, a los fascistas, que no admiten que existe algo que no está en sus cuentas, pues las consideraciones de inferioridad hacia las clases bajas, que se manifiesta en esclavitud, exclusión social y exterminio, se revierte contra ellos mediante levantamientos masivos violentos que destruyen las bases de su dominación.

Referencias bibliográficas

Del autor:

- Osorio, José (1952). *Gaitán: Vida, muerte y permanente presencia*. Buenos Aires: El Áncora Eds.
- Osorio, José. (1979). *El día del odio*. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Sobre el autor:

- Giraldo, Mary. (2005). *Ciudades escritas. Literatura y ciudad en la narrativa colombiana*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- Jaramillo, María y Osorio, Betty. [Comp.] (2000). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX Volumen II*. Bogotá: Ministerio de la cultura.
- Neira, Edison. (2004). *La gran ciudad latinoamericana. Bogotá en la obra de José Antonio Lizarazo*. Medellín: Fondo editorial Universidad EAFIT.
- Mutis, Santiago. [Comp.] (1978). *Novelas y crónicas J. A. Osorio Lizarazo*. Bogotá: Biblioteca básica colombiana.
- Pineda, Alvaro. (2001). *Juicios de Residencia. La novela colombiana 1934-1985*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Revista Pensamiento Contemporáneo. (1987, Dic) *Jorge Eliécer Gaitán y la Revolución de Octubre*. Bogotá: Edición: Centro Jorge Eliécer Gaitán.

De apoyo teórico:

- Alape, Arturo. (1983). *El bogotazo*. Bogotá: Editorial Pluma.
- Berman, Marshall. (1991). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Bogotá: Siglo XXI editores.
- Brion, David. (1996). *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*. Bogotá: El Áncora Editores/Ediciones Uniandes.
- Cercas, Javier. (2002). *Soldados de Salamina*. Barcelona: Tusquets Editores, S.A.
- Cros, Edmond. (1999). *Seminario Internacional de Sociocrítica*. Medellín: Universidad de Antioquia, Universidad EAFIT.
- Gaitán, Jorge. (1968). *Antología de su pensamiento económico y social*. Bogotá: Ediciones Suramérica.
- García, Antonio. (1974). *Gaitán y el camino de la revolución colombiana*. Bogotá: Ediciones Camilo.
- Konstantinov, F. (1957). *El materialismo histórico*. (Trad. R. Wenceslao) México: Editorial Grijalbo, S.A. (Original en ruso).
- Lee, Vernon. (1981). *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*. (Trad. I. Saldarriaga) Bogotá: El Áncora Editores.

- Lenin, Vladimir. (1972). *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Lukács, Georg. (1966). *Problemas del Realismo*. (Trad. C. Gerhard). México: Fondo de Cultura Económica (Original en Alemán, 1955).
- Lukács, Georg. (1971). *La Novela Histórica*. (Trad. J. Reuter) México: Ediciones Era. (Original en Alemán, 1955).
- Marx, Carlos; Federico, Engels. (1971). *Manifiesto del partido comunista*. Pekín: Ediciones en lenguas extranjeras.
- Neruda, Pablo. (1973). *Selección de poemas (1925-1952)*. Barcelona: Círculo de Lectores, S.A.
- Pécaut, Daniel (2001). *Guerra contra la sociedad*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Reed, Jhon. (1967). *Diez días que estremecieron al mundo*. México, D.F.: Editorial Grijalbo, S. A.
- Ricoeur, Paul. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez, Gonzalo. (2000). *Grandes potencias, el 9 de abril y la violencia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S. A.
- Santa, Eduardo (1973). *Rafael Uribe Uribe*. Medellín: Editorial Bedout S.A.